

**ARGUMENTOS FILOSÓFICOS ALREDEDOR DEL SUICIDIO**

Trabajo presentado por:

**JOSÉ LUIS FRANCO SALGADO.**

**UNIVERSIDAD DE CALDAS**

**FACULTAD DE ARTES Y HUMANIDADES**

**MANIZALES CALDAS**

2022

**ARGUMENTOS FILOSÓFICOS ALREDEDOR DEL SUICIDIO.**

JOSÉ LUIS FRANCO SALGADO.

**TITULO A OBTENER: Magíster en filosofía.**

Director:

MAGISTER EN FILOSOFÍA PABLO ROLANDO ARANGO.

**UNIVERSIDAD DE CALDAS**

**FACULTAD DE ARTES Y HUMANIDADES**

**MANIZALES CALDAS**

**2022**

## **RESUMEN.**

A propósito del suicidio, las siguientes líneas exponen una serie de argumentos a favor y en contra del tal comportamiento en ciertas circunstancias. A nivel general se muestra un bosquejo amplio con el que se trata de explicar las posibles causas del comportamiento suicida. La existencia humana ocupa en esta primera parte un lugar central. La atracción frente a la muerte aparece en las primeras líneas, y esta toma fuerza en el momento en el que esta tiene sentido como alivio para el sufrimiento humano. Se hace una breve mención a la concepción modernas más relevante a favor –moralmente- del suicidio, esta se ve expuesta a través de las tres tesis que propone el filósofo David Hume, por las cuales el suicidio debe ser moralmente aceptado. Por último, se hace un análisis de las ciencias de la mente en el enfoque biomédico de la relación entre trastornos mentales y suicidio.

## **PALABRAS CLAVE.**

Suicidio, libertad, Dignidad, Honorabilidad, Racionalidad, Muerte.

## **Abstract.**

With regard to suicide, the following lines present a series of arguments for and against such behavior in certain circumstances. At a general level, a broad outline is shown with which it is tried to explain the possible causes of suicidal behavior. Human existence occupies a central place in this first part. The attraction to death appears in the first lines, and it gains strength at the moment it makes sense as a relief for human suffering. A brief mention is made of the most relevant modern conception in favor -morally- of suicide, this is exposed through the three theses proposed by the philosopher David Hume, by which suicide must be morally accepted. Finally, an analysis of the sciences of the mind in the biomedical approach of the relationship between mental disorders and suicide is made.

## **KEYWORDS.**

Suicide, freedom, Dignity, Honorability, Rationality, Death.

## Tabla de contenido

Introducción.....	1
Capítulo I.....	5
El suicidio en la existencia humana.....	6
La moralidad del suicidio en el estoicismo desde la perspectiva de Séneca .....	8
El derecho al suicidio en la Roma clásica .....	11
Perspectiva moderna y los tres argumentos filosóficos de David Hume en torno al comportamiento suicida.....	13
La libertad y la voluntad de no permanecer con vida en Michael de Montaigne.....	22
Capítulo II.....	30
Ética, Kant y sus cuatro principales tesis en contra del comportamiento suicida .....	31
Albert Camus y su postulado filosófico en torno al comportamiento suicida.....	41
Capítulo III .....	48
Suicidio y trastornos mentales.....	48
Ciencia médica y trastornos mentales .....	48
Fármacos, salud mental y suicidio.....	54
Principales argumentos en contra del uso de los fármacos en torno a los trastornos mentales.....	58
Intencionalidad y racionalidad en los comportamientos suicidas .....	62
Conclusiones.....	69
Referencias bibliográficas .....	72

## Introducción

El objetivo de esta investigación pretende responder a la pregunta: ¿Existen circunstancias en las cuales el suicidio puede estar moralmente justificado? El suicidio como comportamiento humano no escapa a juicios valorativos, de hecho, los principales problemas que lo han rodeado han sido en torno a la moral.

Se procura mostrar las clases de méritos que existen en el comportamiento suicida y, de este modo, desdibujar el rasgo negativo que posee. Estos juicios valorativos han estado (casi siempre) acompañados de cierta desaprobación religiosa. Hume (2009) en el ensayo *Sobre Las falsas creencias del Suicidio, la inmortalidad del alma y las Supersticiones*, perfila al hombre supersticioso y creyente como aquel que no se atreve a acabar con su existencia, y prefiere continuar con una vida tormentosa por el temor de ofender a su dios y de hacer mal uso de la libertad y de la vida. El suicidio, afirma el filósofo, no debe ser considerado como una falta a los deberes que se tienen para con Dios, ni mucho menos se debe considerar que el suicidio viola el orden que existe a través de las leyes de la naturaleza. Sin embargo, el presente trabajo no se limita a realizar un análisis sobre los principales argumentos religiosos en contra del suicidio, por el contrario, intenta analizar dichos argumentos desde el punto de vista filosófico y de las ciencias de la mente.

La pregunta con la que se da inicio a ésta discusión, contiene a su vez otra pregunta, a saber: ¿Bajo qué circunstancias puede aceptarse moralmente el suicidio? Esta inquietud merece una mirada holística para lograr una mejor comprensión sobre el fenómeno del suicidio. Para responder a esta pregunta se proponen tres capítulos, los cuales exponen los argumentos a favor y en contra del comportamiento suicida.

En un primer momento del trabajo investigativo nos encontramos con algunos de los principales argumentos filosóficos a favor del comportamiento suicida, por esta razón, se sigue en la misma línea para mostrar un esbozo general frente a la perspectiva del suicidio, vista como respuesta a los problemas que suscita la existencia humana.

Para lograr una concepción más amplia sobre el comportamiento suicida, se hace referencia a la cosmovisión de los filósofos clásicos en torno a este problema. Para esto, se toman los planteamientos que hace el estoicismo sobre el suicidio y así a través de sus posturas, representar la idea del suicidio vista como libertad humana. Además de esto, podemos también comprender la racionalidad y voluntad humana en el abandono de la existencia, y cómo esta marca un hito en la manera en que se puede argumentar a favor del comportamiento suicida.

Una vez descrita esta primera fase que habla sobre el pensamiento clásico, enlazamos a la argumentación los principales postulados de la época moderna, que hablan a favor (desde un sentido moral) del comportamiento suicida. Entre sus principales representantes tenemos a Hume (2009) quien a partir de tres argumentos filosóficos defiende y acepta el suicidio desde un sentido moral. Luego con Montaigne (2013), se tomará postura para responder a la pregunta por la cual dio inicio este trabajo investigativo, a saber: ¿Bajo qué circunstancias puede aceptarse moralmente el suicidio?

En un segundo momento se exponen los argumentos principales que encontramos en contra del suicidio y para esto, relacionamos el acto suicida con la ética y la moral (sin hacer distinción entre ambas), con el fin de llegar a una mejor comprensión del concepto de ética según Kant, como también sus imperativos categóricos. Kant clasificó la argumentación en contra del suicidio a través de cuatro tesis que desarrolló de manera sistemática. Siguiendo el camino de la argumentación en contra del suicidio, nos encontramos a Camus (2010) en su ensayo filosófico *El mito de Sísifo*. El autor asume el suicidio como el único problema real que hay en la filosofía; y considera que el ser humano es un ser para la vida, es un vitalista. Demostrará en su cuerpo argumentativo que así la vida carezca de sentido, por muy absurda que ésta parezca, debe ser asumida; esta es una de las razones por las que el concepto de *absurdo* traza una relación con el suicidio..

En un tercer y último momento de este texto, se muestra la relación que existe entre algunos trastornos mentales y el suicidio, y se intenta demostrar que no toda persona que se suicida tiene de base una enfermedad mental y que, no toda persona con una enfermedad mental se suicida. En el desarrollo de este capítulo se necesitó hacer un análisis de algunas de las enfermedades mentales para definir el concepto de “trastorno mental”, visto desde la literatura de las ciencias de la mente, para conseguir posteriormente la respuesta al cómo influyen estas enfermedades en el comportamiento suicida. Basta

tener en cuenta el alto grado que hay en las estadísticas de suicidios que conciernen o están relacionados, a algún tipo de enfermedad mental.

,

No debe negarse que estos trastornos mentales hacen que las personas que le padecen no incidan ni en su voluntad ni en su libertad. Ahora bien, es preciso mencionar el uso que tienen los fármacos como tratamiento y como componente esencial, que es a su vez la cura de algún supuesto trastorno mental. También es necesario hablar de los modos en los que disminuyen y en los que no, el riesgo de un suicidio en personas que hacen uso de fármacos; o si por el contrario, determinamos que aquella medicación no presta ayuda necesaria, pues aumenta el problema de salud y mental y al final puede llegar el paciente a un posible suicidio.

Con el estoicismo y su mayor representante Séneca, surge una idea amplia de la concepción que tenían los griegos frente al comportamiento suicida. Una nueva manera de ver la libertad humana; y la muerte como remedio. En muchos casos se puede referir si existen suicidios racionales, o si por el contrario, existen muertes auto-causadas por simple capricho o impulso ciego.

Por último, el lector encontrará que, aunque existan algunas relaciones dentro del comportamiento suicida y algunos trastornos mentales, en muchos otros contextos no ocurre así. Al reflexionar en torno a esto, el suicidio se clasifica como racional y deliberativo.





## Capítulo I

A propósito del suicidio, las siguientes líneas exponen una serie de argumentos a favor de tal comportamiento en ciertas circunstancias. A nivel general se muestra un bosquejo amplio con el que se trata de explicar las posibles causas del comportamiento suicida. La existencia humana ocupa en esta primera parte un lugar central. La atracción frente a la muerte aparece en las primeras líneas, y esta toma fuerza en el momento en el que esta tiene sentido como alivio para el sufrimiento humano.

Con el estoicismo y su mayor representante Séneca, surge una idea amplia de la concepción que tenían los griegos de acuerdo con el suicidio: una forma de ver la libertad humana y la muerte como remedio. En los casos citados se hace referencia a si existen suicidios racionales, o si por el contrario, existen muertes auto-causadas por simple capricho o impulso ciego. Tampoco se deja de lado a nivel histórico, la concepción que tenían los romanos frente a la muerte por mano propia. Para ellos las grandes ideas como la dignidad, libertad, heroísmo, honorabilidad, llegan a cobrar el mayor sentido cuando se alcanza el suicidio.

Ahora bien, dejar de lado el concepto moderno en torno al suicidio y aún más dejar de lado figuras principales como la de Hume (2009), quedaría nuestra cadena argumentativa a favor del suicidio, inconclusa. Es por esto que se hace una breve mención a la concepción modernas más relevante a favor –moralmente- del suicidio, esta se ve expuesta a través de las tres tesis que propone el filósofo por las cuales el suicidio debe ser moralmente aceptado.

Finalmente, con Montaigne (2013) se recogen algunas tesis planteadas anteriormente. El concepto de libertad y voluntad en relación al suicidio, tienen sentido en la medida en la que cada uno de ellos representa una carga argumentativa. Se recogen con él las tesis filosóficas que más se han destacado para poner en evidencia que existen algunos contextos en los cuales el suicidio es un comportamiento moralmente aceptado.

## **El suicidio en la existencia humana**

La existencia humana, es un tema que ha atravesado todo el pensamiento filosófico. En todas las etapas de la historia de la filosofía diferentes pensadores se han cuestionado sobre si la vida tiene algún valor o por si el contrario carece de algún sentido. A esto se le suma la fragilidad que tiene el sujeto; angustiado ante un futuro incierto. Por consiguiente:

[...] la cuestión de la temporalidad, la insensatez e inutilidad de preguntarnos para qué vivir, y la zozobra que genera lo inesperado de la llegada de la muerte; sitúan al hombre en un horizonte sin luz que ha llevado a pensadores como Arthur Schopenhauer, Soren Kierkegaard y, en nuestra lengua, por ejemplo, a Miguel de Unamuno a articular un pensamiento filosófico que interroga y cuestiona el asunto de la existencia, vista como sufrimiento, que es, desde antiguo, un problema irresoluto- e irresoluble- de la filosofía; tal vez el problema capital de la filosofía. (Bauzá, 2018, p.24)

Una línea de pensamiento, sugiere que la existencia humana es dolor y muerte, sin ningún tipo de esperanza. Como resultado de esto, nace en el hombre una angustia frente a su propia vida, que lo acompaña hasta el final de sus días. De una manera paradójica el ser humano quiere alargar su existencia y con ello hacer más duradero este sentimiento. Sin embargo, en otras ocasiones, prefiere acabar con su vida para acortar el sufrimiento. El poeta Lucrecio (1961) en un apartado de su poema sobre la naturaleza, manifiesta:

En fin, ¿qué inmoderado y funesto afán de vivir nos fuerza a templar de este modo en tan dudosos peligros? El fin de la vida está, en verdad, fijado a los mortales, y nadie se escapa de comparecer ante la muerte. Por lo demás, giramos y permanecemos siempre en el mismo círculo, y ningún nuevo placer nos forjaríamos viviendo más tiempo. Pero, mientras nos falta, el bien que deseamos nos parece superior a los demás; conseguido, suspiramos por otro, y la misma sed de vida nos mantiene siempre anhelantes. Dudosa es la suerte quien nos traiga la edad venidera, qué nos depare el azar y qué fin nos aguarde. Y tampoco, podemos, alargar la vida, robar ni un instante a la muerte, para abreviar quizá el tiempo de nuestro aniquilamiento. Por tanto, puedes vivir tantos siglos como quieras; no por esto la eterna muerte dejará de aguardarte y no durará menos el no ser para éste que hoy dejó la luz de la vida, que para aquél que cayó muchos meses y años atrás. (p.165)

El sentimiento de finitud de la existencia humana sumado a los insatisfechos deseos humanos, crean en el hombre un cansancio de vivir que puede entenderse como una de las grandes causas del suicidio. Además, la abrumadora tristeza que sienten algunos frente a la vida, el cansancio hacia ella, el sin sentido propio de la existencia y la falta de finalidad alguna, crea una melancolía que lleva irremediablemente al hombre a la muerte voluntaria (Ruiz, 1901).

El suicidio no sólo se da por estas causas existenciales, existen otras circunstancias como por ejemplo: suicidios como un bien social, por amor, padecimiento de enfermedades incurables, honorabilidad en periodos históricos por parte de guerreros y cuando la integridad moral se ha visto vulnerada. (Bauzá, 2018). La muerte, por lo tanto, se aguarda como liberación y descanso a las circunstancias que la vida pone a los hombres.

Álvarez (1973) muestra la vida interior de aquellas personas que son víctimas de esa angustia y cansancio existencial:

Para empezar por lo más importante: no tenemos idea de la tortura interior que precede al suicidio[...] La continuidad de su vida interior está rota, su personalidad ha llegado a su fin [...] y quizá lo que finalmente lo hace matarse no es la firmeza de su resolución, sino la insoportable calidad de esa angustia que no pertenece a nadie, de ese sufrimiento en ausencia del que sufre, de esa espera que está vacía porque la vida se ha detenido y ya no puede llenarla [...] Lo que es indudable es que todos ellos sufrieron hasta lo indescriptible, hasta el punto en el que el sufrimiento se ha vuelto enfermedad mental. Y, así como nos inclinamos en homenaje a su talento y a su brillante memoria, deberíamos inclinarnos solidariamente ante su dolor. (pp.254-255)

La idea de que el suicidio puede ser una respuesta apropiada a ciertas circunstancias, ha sido planteada por varios pensadores en la historia de la filosofía (un caso conspicuo son los estoicos romanos). Siguiendo este punto de vista el suicida no quiere enajenarse, por el contrario, quiere conquistar su libertad y qué mejor manera que ejerciendo sobre sí la voluntad suprema de decidir cuándo y de qué modo dar término a su propia existencia. Quién más que el suicida puede tener la doble función de

ser víctima y a su vez victimario de propia muerte. Para simplificar todo lo dicho, Plinio (1832) manifiéstanos dice que “un suicidio es un privilegio humano del que los mismos dioses no pueden gozar” (p.55).

## **La moralidad del suicidio en el estoicismo desde la perspectiva de Séneca<sup>1</sup>**

Desde la Grecia Clásica se puede rastrear que el suicidio ha sido moralmente aceptado por importantes escuelas filosóficas. Reflejan una aceptación de huida de la vida por motivos existenciales, es decir, por motivos internos que la persona en algún momento no ha podido sobrellevar. Es así, que el suicidio es visto como una especie de prevención a los dolores y perturbaciones que trae la vida al hombre (Bauzá, 2018). Esta admisión del suicidio tiene gran acogida, pues considera que lo más importante que el hombre debe privilegiar es el goce del espíritu y sobre todo, tener una buena vida que conduzca al bien máspreciado como lo es la felicidad. Si el hombre decide huir de la vida, se ausentará de las perturbaciones que son propias de la existencia humana.

En el estoicismo el suicidio fue defendido como acto individual. Sus seguidores consideraban que era un comportamiento soberano en circunstancias difíciles. Ellos introducen la idea que dice que cuando los valores éticos se encuentran en juego, estos deben defenderse, hasta tal punto en el que si alguien siente que le han sido arrebatados puede disponer de su vida. Cabe destacar que es gracias a los estoicos que se empezó a hablar del concepto de libertad en el suicidio:

Han sido los estoicos, los únicos filósofos que han reputado el suicidio como “el acto por excelencia que acuerda al hombre la libertad de disponer de su vida”; de ahí el tema de “la muerte libre” o de “la libertad de morir”. Destacamos que lo consideran legítimo cuando la muerte voluntaria procede de una determinación conscientemente decidida y no producto de una turbación pasional. (Grisé, 1982, p.183)

---

<sup>1</sup> De ningún modo, se quiere dar a entender en este capítulo que las ideas que tienen los Estoicos y en especial Séneca, reflejan toda la cultura clásica griega. Sólo es una parcela, y en este caso concreto se defiende el comportamiento suicida como un acto moralmente aceptado.

El suicidio bajo esta perspectiva, empieza a identificarse más como un comportamiento razonable que como un acto irracional y pasional. El concepto de muerte voluntaria toma fuerza y de este modo se logra atribuirle al suicida una capacidad de decisión frente a su cuerpo y su vida.

Los estoicos exaltan la honesta mors [la muerte honrosa] que el ser humano acepta consciente y voluntariamente antes que someterse a la esclavitud. Nos referimos a un suicidio deliberadamente programado y no a uno provocado por arrebato pasional; por eso ante la comisión de la propia muerte los estoicos hablan de la necesidad de cierta prudencia, de una sabiduría previa al suicidio, ya que el hombre no debe huir de la vida, sino salir de ella (“non fugere debet e vitad, sed exigiere”). (Grisé, 1982, p.125).

Séneca (1985) fue el principal representante del estoicismo y coherente con su pensamiento, se suicida. Considera que el ser humano no ha pedido existir, pero si estuviera en sus manos acabar con su vida lo haría; en el momento en el que esta sea ya molesta, la muerte conquistaría su propia libertad. “La cuestión no es morir antes o después: la cuestión es morir bien o mal” (p.9)

Este morir bien al que se refiere Séneca (2001), es hacerlo con dignidad y honorabilidad. Sugiere el filósofo que la existencia es sufrimiento y que seguir existiendo sería una vejación hacia sí mismos. “La mayoría fluctúa miserablemente entre el miedo a la muerte y las penas de la vida, y no quiere vivir, pero no sabe morir” (p.12). De modo que este miedo a la muerte hace que el suicidio se torne lejano en el ansia de liberación, “pues la muerte está siempre presente; no sólo en cuanto toda vida se dirige, como a su término, hacia la muerte, sino en cuanto la muerte está siempre ya en la vida, mirándola, carcomiéndola, desarrollando sin descanso su obra” (Borrón, 1956, p.200).

La muerte siempre está latente en cada paso de la existencia y no hay por qué temerle. Del mismo modo, la muerte puede encontrarse de forma repentina, caso contrario al suicidio, pues este último sucede luego de premeditarse. Frente a esta afirmación Séneca (2001), hace una reflexión en la que toma como ejemplo a los niños, pues bien, considera que la razón es la principal causa por la que se toma o no la decisión de abandonar esta existencia. “ni los niños pequeños ni los enajenados temen la muerte, y es sumamente vergonzoso que la razón no garantice aquella serenidad que aporta la falta

de juicio” (p.153). Lo que desea transmitir el autor es que el comportamiento suicida es generalmente un asunto de prejuicio moral, pues bien, esto se debe a que es la razón la que juzga el acto como algo indebido.

Por otra parte, el filósofo considera que una vez superado el miedo a la muerte es posible contemplarla como una salida loable. Ahora bien, al considerar una vejez en decadencia; una vida con pesares, el suicidio aparece como un fin digno.

No abandonaré la vejez en el caso de que me conserve íntegro para mí mismo, pero íntegro en aquella parte más noble; por el contrario, si comienza a perturbar mi inteligencia, a desquiciarla en sus funciones, si no me permite ya vivir, sino respirar, saltaré fuera de un edificio descompuesto y ruinoso [...] no rehuiré con la muerte la enfermedad en tanto sea curable y no perjudicial para el alma. No me haré violencia con las manos a causa del sufrimiento: morir así supone ser vencido. No obstante, si me doy cuenta de que he de sufrir constantemente el dolor, partiré, no por causa de él, sino porque me va a poner obstáculos para todo aquello que motiva la vida. Es débil e indolente quien a causa del sufrimiento decide su muerte, necio quien vive para sufrir. (Séneca, 2001, p.245)

De modo que una vejez sana y sobria vale la pena ser vivida; no obstante debe añadirse que no sólo hablamos de una vejez sino de la vida misma. Por el contrario, ante una vida en que el sufrimiento sea la constante, es necesario tomar cartas en tal asunto. Si bien a Séneca puede vérselo como el principal defensor del suicidio, no se atreve a afirmar que esta salida deba ser la primera opción.

Considera que si algún ser humano cae en enfermedad en la que se socave la dignidad humana y el individuo siga con vida a pesar de eso, puede él mismo disponer de su vida y acabar con su existencia. Por tal motivo el suicidio es algo susceptible de premeditación, lejos de ser un acto irracional y pasional. “En efecto, está decidido que mueras algún día, aun contra tu voluntad, y que mueras cuando te plazca está en tu mano; lo primero es inevitable, lo segundo se te permite” (Séneca, 2001, p.363). Esta elección de morir por propia decisión la consideró acto supremo de libertad. Esta acción es una de las pocas cosas que se pueden hacer para cambiar de manera drástica el destino propio.

Entonces estamos frente a una elección propia de la libertad humana. La muerte da una última lección moral: si se eligen diferentes modos de vivir, así mismo se pueden escoger diferentes modos de morir. En conclusión, para Séneca el suicidio es moralmente aceptable en algunos contextos, al dejar claro que no debe renunciarse a la vida por cualquier motivo caprichoso.

## **El derecho al suicidio en la Roma clásica**

Es necesario decir que desde sus inicios Roma empezó a distinguir dos clases de suicidios; uno llevado por razones sociales y el otro por motivos personales. Esta clasificación marcó una clara aceptación en un público y rechazo en otro.

En el mundo clásico, un caso singular es el que presenta Esparta respecto de muertes voluntarias de ancianos y discapacitados. Estos suicidios deben ser enmarcados en la firme convicción de no dañar o perjudicar el entramado social, es decir, evitar ser una carga para el estado. Cuando los espartanos, por razones de enfermedad o de achacosa vejez, entendían que se habían convertido en molestia gravosa para sus familias y estorbo para la sociedad, se arrojaban desde lo alto de una peña a fin de lograr una muerte inmediata. (Bauzá, 2018, p.120)

Este tipo de suicidio, cometido con fines sociales, tiene algo de honorabilidad. Un ejemplo de ello puede serlo una persona enferma y vieja que ya no es útil a la sociedad y en lugar de ser una carga para ella, la decisión más honrosa que puede hacer esta persona es apartarse de la vida y no ser un tropiezo para el buen funcionamiento social. El suicidio visto desde esta perspectiva debería ser incluso un derecho y deber moral para las personas con presentan este tipo de características.

La otra clase de suicidio dado en el final del período republicano romano que se extendió hasta el año 509 a. c. Se dio como consecuencia de las derrotas en batallas, por lo cual comenzó a reconocerse la muerte voluntaria en algunos actos bélicos como un acto heroico; convirtiéndose así morir por mano propia como un final honorable. De hecho, el suicidio se convirtió en una especie de muerte privilegiada para ciertas clases sociales, sobre todo por la manera en que se hacía, aunque no en todas. Frazer (1974) afirma que:

El ahorcarse, parece haber sido en Roma, una forma frecuente de muerte voluntaria en las clases bajas; los antiguos libros pontificales aludían a esta metodología con la fórmula *laqueo vitam finisset* [acabar la vida con una cuerda]. La aristocracia despreciaba esta modalidad, a la que consideraba una forma de muerte vulgar e infamante, propia de

esclavos o de la plebe. Por lo demás, entendía que los ahogados, por haber buscado la muerte en lo alto, apartados de la tierra de la que procedían y a la que debían volver, tenían que carecer de sepultura; esta creencia obedecía al tabú de las cuerdas y los nudos. (p.135)

Las personas que se suicidaron en Roma en el período ya mencionado, lo hacían utilizando diferentes formas, pero hay una manera privilegiada que utilizaron para acabar con sus propias vidas de una manera más digna y honrosa; atravesarse una espada. Con este artefacto daban cuenta que suicidarse era digno de alabanza, por el contrario, cuando se utilizaba otros métodos se podía dar cuenta de la baja clase social a la que pertenecía el suicida.

Entre otros testimonios de esa época turbulenta, está el de Casio, quien vencido en la batalla de Filipos se traspasó el cuerpo con la misma espada que había usado contra César. No se trata de hechos cometidos ex abrupto, nacidos de un arrebató pasional, sino resultado de acciones ejecutadas de manera consciente, en consonancia con una auténtica defensa de las ideas o, en otros casos, de posible arrepentimiento. (Bauzá, 2018, p.150)

Los suicidios cometidos se dieron más por latendencia política, porque se defendían ideales y valores propios de la patria. Cuando no se podía defender la libertad o se estaba en una situación humillante, la mejor salida era el suicidio. El suicidio no se consideraba como acto imprevisible, sino por el contrario, como suceso previamente contemplado y racional. Al respecto refiere Plutarco (1962) en su obra *Vidas Paralelas*, la muerte de Catón el menor, en Roma hacia el 95 a. c. El 12 de abril se quita la vida de una manera gloriosa y deliberada.

Desenvainando la espada, se la pasó por debajo del pecho; y no habiendo tenido la mano bastante fuerza por la hinchazón, no pereció al golpe, sino que cayó de la cama medio moribundo e hizo ruido [...] con lo cual habiéndolo sentido los esclavos empezaron a gritar y acudieron inmediatamente el hijo y los amigos. Viéndole bañado en sangre y que tenía fuera las entrañas, todos se conmovieron terriblemente, y el médico, que también había entrado, como las entrañas estuvieran ilesas, procuró reducirlas y cerrar la herida, pero luego que Catón volvió del desmayo y recobró el sentido apartó de sí al médico, se rasgó otra vez la herida con las manos, y despedazándose las entrañas, falleció. (pp.1305-1306)



La muerte de Catón fue un acto de abnegación que no pudo ser persuadido de ninguna manera. El hecho que los suicidios en Roma hubiesen obedecido en su gran mayoría a causas políticas por motivos de heroísmo frente a la derrota, no quiere decir que no se dieran por otros motivos como; ausencia del deseo de vivir, desamor, alguna pérdida material o de un ser querido, miedo a la enfermedad, entre otras razones externas e internas (Bauzá, 2018). Lo que se puede intuir con la gran cantidad de suicidios dados por razones sociales, es decir por motivos no subjetivos, es el hecho que dicho acto queda en estos casos exceptos de razones patológicas y alienantes en el individuo, y es por el contrario una acción consciente de seres lúcidos.

En el ámbito romano del que se ha venido subrayando el comportamiento suicida, no existía una condena moral ni jurídica, contrario a lo sucedido en la Grecia clásica con el platonismo, orfismo y pitagorismo que sí lo condenaban. El caso del suicidio del militar Romano Quintilio quien en una desastrosa derrota de Teutoburgo perdió sus legiones, no soportó semejante pérdida y prefirió darse muerte, acto seguido sus compañeros de batalla siguieron su ejemplo. El sentimiento de deshora ante la pérdida, fue la causa de suicidio de estos guerreros romanos (Bauzá, 2018). Otro suicidio referenciado no por causas políticas ni sociales es la de Porcia, hija de Catón, que por amor se da muerte a sí misma al descubrir el fallecimiento de su esposo.

### **Perspectiva moderna y los tres argumentos filosóficos de David Hume en torno al comportamiento suicida<sup>2</sup>**

En la época moderna el problema del suicidio toma otra perspectiva y se enfoca en identificar las causas del mismo. Para esto hace uso de los avances que adelanta la psicología y la medicina, y así explica el problema a través de las ciencias de la mente. El psiquiatra Stengel (1965), sintetiza una forma de ver el suicidio en esta época; ve a la melancolía como una de sus principales causas. La melancolía la define como un estado patológico grave, que a su vez conlleva en caso extremo al

---

<sup>2</sup> La perspectiva de David Hume en torno al comportamiento suicida de ningún modo refleja todo el pensamiento clásico sobre el suicido, a nuestro modo de ver refleja unos argumentos significativos a favor del comportamiento suicida muy acordes para su época.

suicidio. Se considera que hay personas que tienen un tipo de personalidad melancólica, que no es más que una forma de sensibilidad que las hace más propensas a la muerte voluntaria.

Burton (2006) en su famosa obra *Anatomía de la melancolía*, es mucho más explícito que Stengel (1965), al mostrar la relación existente entre melancolía y suicidio.

Los problemas existentes en el cuerpo no son más que depresiones enmascaradas, de este modo en situaciones extremas se puede llevar al suicidio. Por esa causa, en el caso de los suicidas, habría que tener en cuenta su posible estado “melancólico” a la hora de darse muerte y, así, entenderlos como víctimas de un desajuste de base anatómico- químico- fisiológico del que el sujeto no es verdaderamente agente, sino víctima, ya que los padece.  
(p.192)

A la inversa de Burton encontramos en la época moderna teorías como las presentadas por la psicoanalista Julia Kristeva y por el psiquiatra Thomas Szasz, refieren que el suicidio debe ser visto en términos existenciales. El suicida es una persona dividida, resquebrajada existencialmente, y no por ello debe considerarse anormal ni alienado.. Esta perspectiva no conecta directamente a la melancolía con el suicidio, como lo sugiere Burton.

Además, la modernidad es un período complejo. Por un lado, ella se redujo a una mera renovación de los viejos ideales cristianos, a partir de una razón centrada en el sujeto. En los hechos, fue la vertiente predominante, cuyos paradigmas se encuentran hoy en crisis. Sin embargo, por otro lado, la modernidad ilustrada desarrolló una tendencia fuertemente anticristiana, que casi siempre se mantuvo en un segundo plano. Hume, al menos en *Sobre el suicidio*, se inscribe en esta segunda corriente, que en este trabajo se le llamará genuinamente moderna.

Hume es una figura importante en la modernidad en lo que concierne a la defensa de la muerte voluntaria. Por esta razón, su obra que habla sobre el suicidio, *De la inmortalidad del alma* (1750), tiene tanta importancia, pues el pensador escocés defiende allí la legitimidad del suicidio, lo que le vale censuras en la publicación de su obra en vida.

Hume (2009) en su escrito hace una crítica frente a los postulados supersticiosos y a lo que él llama una falsa religión. Así mismo, se sorprende por el tipo de hombre dotado de cierta inteligencia para labores que requieren del intelecto y capacidades específicas, pero que está sometido a una vida esclava de las supersticiones, pues "lleva consigo el sufrimiento en todas las situaciones y episodios de la vida" (Hume, 2009, p.7). Sugiere entonces que, el hombre llevado por una vida supersticiosa lleva también consigo una existencia desdichada y miserable. La solución que el filósofo da a este problema es una sana filosofía, que toma posesión de la mente y así queda dicho mal excluido. La filosofía toma el papel, para Hume, de ser la salvadora ante los vicios e imperfecciones que tienen los hombres.

Pero la persona supersticiosa producto de sus propias creencias no se atreve a escapar de su propia vida, prefiere extenderla así sea desdichada, por el temor a un Dios. Lo cierto es que con la decisión de escapar de esta existencia tendría en sus manos la solución a todas sus dificultades. Ahora bien, el hombre supersticioso no se atreve a escapar de su vida no sólo por sus creencias, sino también porque está influenciado por el natural miedo a la muerte. Por naturaleza el hombre le teme a ella.

Tan grande es nuestro horror a la muerte que, cuando se presenta en cualquier forma distinta de aquella con la que nos hemos atrevido a conciliar nuestra imaginación, adquiere nuevos terrores y supera nuestro débil valor. Pero, cuando las amenazas de la superstición se unen a esta natural timidez, no tiene nada de extraño que los seres humanos nos veamos privados de todo poder sobre nuestra vida, ya que este inhumano tirano nos arrebatara incluso muchos placeres y alegrías a los que una fuerte propensión nos lleva. Intentemos aquí, que los humanos recuperen su nativa libertad, examinando todos los argumentos que comúnmente se presentan contra el suicidio, y mostrando que ese acto, según los sentimientos de los filósofos de la Antigüedad, puede estar libre de toda imputación de culpa y de reproche. (Hume, 2009, p.9)

Por consiguiente, al dejar de lado las supersticiones y el temor natural hacia la muerte, es posible aceptar la muerte por mano propia libre de toda imputación de culpa y sobre todo ejerciendo la propia libertad. Hume (2009) considera que se ha argumentado en contra del comportamiento suicida al ser considerado un acto criminal y para ello se han empleado tradicionalmente tres razones para tal

justificación. Los argumentos que propone analizar Hume (2009) en torno al rechazo del comportamiento suicida son: el comportamiento suicida como una trasgresión de la obligación para con Dios; para con el prójimo y para consigo mismo.

El primer argumento que se propone mostrar el filósofo, es el concerniente a la trasgresión de la obligación para con Dios. Para demostrar que el suicidio no es una trasgresión hacia la deidad, esgrime lo siguiente:

Para el gobierno del mundo material, el creador todopoderoso, ha establecido leyes generales e inmutables, por las que se mantienen en su propia esfera y función todos los cuerpos, desde el mayor planeta hasta la más pequeña partícula de materia. Para gobernar el mundo animal ha dotado a todas las criaturas vivas de poderes corporales y mentales; de sentidos, pasiones, apetitos, memoria y facultad de juicio, que los impulsan o regulan en el curso de la vida al que están destinadas. Estos dos difieren tres principios del mundo material y animal, se interfieren mutuamente de manera constante, retardando o favoreciendo su mutuo funcionamiento. Las facultades de los seres humanos y de todos los demás animales se encuentran limitados y orientados por la naturaleza y las cualidades de los cuerpos circundantes, y la acción de todos los animales altera incesantemente las modificaciones y el comportamiento de estos cuerpos. Los ríos detienen el paso del hombre sobre la superficie de la tierra. Pero, cuando se encauzan debidamente, prestan su fuerza para mover máquinas que son de utilidad para el hombre. Mas, aunque las provincias de los poderes materiales y animales no se mantienen separadas por completo, de ello no se deriva ninguna discordancia o desorden en la creación. Al contrario: de la mezcla, unión y contraste de todos los diversos poderes de los cuerpos inanimados y de las criaturas vivientes surgen la armonía y proporción sorprendentes que proporcionan el más seguro argumento de la suprema sabiduría. (Hume, 2009, p.20)

La apelación a las leyes naturales es el principal argumento teológico que se encuentra en contra del suicidio, estos argumentos basan su justificación en la creencia de que el mundo está gobernado por leyes las cuales han sido propiciadas por la providencia. Ahora bien, infringir las leyes naturales es transgredir la voluntad divina. Pero es evidente el hecho que

tanto los animales como los seres humanos, han modificado en el transcurso de sus vidas, ciertas leyes o estados de la materia para su supervivencia y utilidad. Lo anterior no acarrea necesariamente que exista en el mundo un desacuerdo entre la voluntad divina y las acciones humanas y animales.

Además la providencia creadora de todo lo existente, de las leyes generales, y por supuesto de la voluntad humana, ha dado cierto poder de modificar (mediante las facultades humanas) algunos principios inanimados del mundo.

Una casa que se desploma por su propio peso no queda en ruinas por efecto de esa providencia en mayor medida que si es destruida por las manos de los hombres, y tampoco las facultades humanas son menos obra suya que las leyes del movimiento y la gravitación. Cuando entran en juego las pasiones, cuando se produce el dictado de la razón, cuando los miembros obedecen, todo ello es obra de Dios, y sobre estos principios animados, así como sobre lo inanimados, ha establecido el gobierno del universo. (Hume, 2009, p.23)

Según lo anterior, no se debe desconocer que el ser supremo ha creado las leyes de la naturaleza, pero con ellas ha creado también la voluntad humana. A partir de esto se puede afirmar que la preservación humana y demás acciones humanas son esenciales de la creación. Así mismo, no es posible desconocer que las modificaciones que ha hecho la providencia escapan al ojo humano, y por tal motivo este queda a merced de los accidentes de la materia. De tal modo que, la especie humana debe usar sus propias facultades para sortear toda clase de dificultades dadas en este mundo material regido por las leyes de la naturaleza. :¿Qué significa entonces ese principio según el cual una persona que, cansada de la vida, acosada por el dolor y la miseria, tiene el valor de superar todos los terrores naturales de la muerte y escapa de este cruel escenario, ha provocado la indignación de su creador, usurpando la función de la divina providencia y perturbando el orden universal? ¿Afirmaremos que el Todopoderoso se ha reservado de modo especial disponer de las vidas humanas y no ha sometido este hecho, junto con otros, a las leyes generales por las que se rige el universo? Esto es sencillamente falso. Las vidas humanas dependen de las mismas leyes que las de los demás animales, y éstas están sujetas a las leyes generales de la materia y el movimiento. (Hume, 2009, p.49)

Considerar que la vida humana escapa a las leyes generales es una actitud egocéntrica, pensar que ella es de importancia para el universo es colocarla en un lugar privilegiado en la escala de las cosas del mundo. El ser humano depende siempre de las leyes generales de la materia y el movimiento. Dios no se ha guardado para sí el disponer de la vida humana escapando a las leyes que él mismo creó; no se debe considerar que el suicidio usurpe algún designio divino, es absurdo pensar que la persona que se quita la vida es un criminal o un usurpador porque se entrometió en las leyes o en el normal funcionamiento del mundo.

El ser humano posee su propio juicio y tiene la capacidad para alterar las funciones de la naturaleza con el objetivo de vivir (o morir) mejor. Hume (2009) refiere que el suicidio no debe ser una conducta condenable, pues debe tomarse con respeto y tolerancia. Además reconoce que en el suicidio existe una salida viable para cuando la vida se torna insoportable.

Sin el ejercicio de esta autoridad no podrían subsistir un solo momento. Cada acción, cada movimiento de un hombre supone una innovación en el orden de algunas partes de la materia, y se aparta, en su curso ordinario, de las leyes generales del movimiento. Así pues, reuniendo estas conclusiones, encontramos que la vida humana depende de las leyes generales de la materia y el movimiento, y que no supone ninguna intromisión en la función de la providencia perturbar o alterar estas leyes generales. ¿No corresponde en consecuencia a cada cual disponer libremente de su propia vida? ¿Y no puede usar legítimamente ese poder que la naturaleza le ha concedido? (Hume, 2009, p.40)

Si el ser humano no modificara -en alguna medida- las leyes de la naturaleza, este perecería más prontamente. Por esta razón, el sujeto que dispone de su propia vida actúa como aquel que desvía el curso de un río para su propio interés. Es por esto que, apelar a favor de la preservación de la vida y apelar en contra de la destrucción de la misma, son en últimas una misma postura que apunta hacia el sujeto como intruso y criminal, en la potestad que éste tiene para disponer de las leyes para su beneficio. A propósito de esto, Hume (2009) nos brinda un ejemplo sobre esto:

Si aparto una piedra que está a punto de caer sobre mi cabeza, estoy perturbando el curso de la naturaleza, e invadiendo la peculiar competencia del todopoderoso, al

prolongar mi vida más allá del período que le habían asignado las leyes generales de la materia y el movimiento. (p.45)

De modo que, siempre se está interfiriendo en el curso normal del mundo, modificándolo, agregándole, quitándole algo. No hay por qué sentir culpa ante tales modificaciones o intromisiones. Si no fuese así, la vida humana sería aún peor. “No cometería yo un crimen desviando de su curso el *Nilo* o el *Da nubio* si fuera capaz de hacerlo. ¿Dónde está entonces el crimen de desviar unas onzas de sangre de sus canales naturales?” (Hume, 2009, p.47). No existe tal crimen. Lo que sucede con desviar unas onzas de sangre o desviar un río es que, ante la primera surgen juicios negativos al respecto.

Así pues, si la existencia de una persona se ha tornado miserable, esta persona tiene el poder de disponer de la misma. No sólo aquella persona que esté en una situación miserable puede decidir si vivir o no, sino también cualquier otra que reconozca que la vida en sí es desdichada y por ende indeseada. Está en las propias manos del sujeto la decisión de desviar el cauce de la enfermedad, de la pobreza, del hastío, del absurdo de la existencia.

Hume (2009) considera que el mandamiento “no matarás” ha sido mal entendido, en el sentido exclusivo en el que debe ser comprendido como “no matarás a tu prójimo”. Es decir, ninguna persona tiene autoridad alguna para decidir sobre la vida de otra. Mi vida me pertenece, las vidas de otros no: por esta razón el suicidio debe ser aceptado desde el punto de vista moral, en la medida en que el acto sólo incide al sujeto y no a otros; caso contrario que ocurre al homicidio.

Como se manifestó anteriormente, la superstición era uno de los rasgos característicos por el que se rechazaba el suicidio.. En la superstición romana, manifiesta Hume (2009), desviar un río equivalía a una violación de las leyes de la naturaleza; por otra parte, en la cultura francesa por ejemplo, las vacunas o el curar enfermedades eran una usurpación a la voluntad divina. En la modernidad, existe la superstición según la cual el dar fin a la propia vida se considera como un acto de rebelión en contra del sumo creador.

¿Y por qué no es impío, digo yo, construir casas, cultivar el suelo y surcar el océano? En todas estas acciones utilizamos los poderes de nuestra mente y de nuestro cuerpo para producir alguna innovación en el curso de la naturaleza, y en ninguna de ellas hacemos nada más. Todas ellas son por lo tanto igual de inocentes o igual de criminales. (p.48)

La providencia prohíbe dar término a la vida por cuenta propia, y en los demás casos de usurpación no suele entrometerse. El supremo hacedor se afecta cuando alguien decide poner fin a su vida sin que él así lo disponga. La pregunta que llama la atención sobre este punto, es el cómo se ha llegado a semejantes conclusiones. Cabe preguntarnos en qué momento se ha puesto al suicidio en una escala valorativa privilegiada. ¿Dónde queda entonces la libertad de los actos humanos voluntarios?

Por consiguiente, no debe pensarse que morir por mano propia afecta el normal funcionamiento del mundo; ni mucho menos puede creerse que se agrede a la voluntad divina a través del comportamiento suicida. El universo seguirá su curso normal, sin importar cuál sea nuestra decisión. Es Dios el que le ha dado precisamente al hombre la facultad de tomar sus propias decisiones, y si el hombre decide terminar con su vida, es porque así lo dispuso la divinidad en el momento en el que le otorgó al ser humano todas las destrezas para ejecutarlo.

El filósofo continúa con su argumentación para mostrarnos que el suicidio no representa una renuncia a la supuesta obligación que se tiene con el prójimo. En el momento en el que el suicida toma tal decisión, no existe quebrantamiento alguno ni con el prójimo ni con la sociedad, al contrario, una persona que actúa por mano propia no hace daño alguno a la sociedad, deja únicamente de hacerle el bien. Lo que, de suponer un daño, sería mínimo. (Hume, 2009). Dejar de hacerle un bien a la sociedad no implica, por ende, hacerle un daño. Es decir, en la situación concreta del suicidio, el cual podemos considerarlo como un acto pasivo frente a la sociedad, no se genera allí ni un bien mayor ni mucho menos se genera un daño. No podemos comparar al suicidio con el homicidio, dado que en este último se incide contra la integridad de un tercero, mientras que en el suicidio sólo está en juego la integridad del propio sujeto. Existe la reciprocidad dada nuestra naturaleza, somos seres sociales. La sociedad brinda beneficios que, al parecer, deben ser correspondidos por quien los recibe, sin embargo, cuando no se contribuye con aquellos beneficios este acto no debe ser calificado desde el rechazo como algún tipo de mal que se le genera a la sociedad, antes bien, debe tomársele como una acción que genera daño a nivel individual.

¿Por qué he de prolongar entonces una existencia miserable, por amor de alguna frívola ventaja que quizá pueda el Estado recibir de mí? Si, debido a la edad y los achaques, puedo legítimamente dimitir de cualquier cargo, y dedicar todo mi tiempo a defenderme de esas calamidades y a aliviar, en la medida de lo posible, las miserias de mi vida futura, ¿por qué



no puedo cortar por lo sano esas miserias mediante un acto que ya no perjudica a la sociedad? (Hume, 2009, p.55)

En algún momento la existencia humana podría convertirse en una carga para la sociedad, y ya no ser de utilidad para ésta. En consecuencia, no es aconsejable prolongar una vida que en vez de retribuir beneficios propicie cargas; tal es el caso de una persona enferma o en edad que no pueda valerse por sí misma, la mejor decisión para ésta es optar por renunciar a su existencia. El comportamiento suicida puede convertirse en un acto loable cuando se renuncia a tiempo a una existencia miserable, o bien, cuando ya no es útil al bien público.

Quienes gozan de salud, de poder o de autoridad, suelen tener mejores razones para no renunciar a su vida, incluso si el sujeto suicida tiene condiciones óptimas de vida, puede también disponer de ella y renunciar a la misma. En este sentido la muerte voluntaria de aquel sujeto hipotético representa una pérdida valiosa para la sociedad, pero no implica que dicha vida sea necesaria para la misma.

Imaginemos ahora a un malhechor justamente condenado a una muerte infame. ¿Puede pensarse en una razón por la cual no pueda anticipar su castigo y librarse de la angustia que le provoca su aproximación a él? Se entromete en la función de la providencia en no mayor medida que lo hiciera el juez que ordenó su ejecución, y su muerte voluntaria es asimismo beneficiosa para la sociedad, al librarla de un miembro pernicioso. (Hume, 2009, p.70)

Por lo tanto, el suicidio en ciertos contextos como los antes expuestos, puede ser considerado y aceptado desde el ámbito moral, incluso puede decirse que es necesario.. En el ejemplo citado por Hume, un malhechor podría acortar la angustia de su muerte a través de su suicidio, en otras palabras, evitar lo que le queda de existencia miserable, llena de angustia y ansiedad, ante la espera de dicho castigo. Lo mismo se puede decir de los enfermos terminales quienes conocen cuál va a ser su desenlace.

El tercer argumento que expone Hume en defensa a la muerte voluntaria, nos dice que el suicidio no equivale a una violación de algún tipo de obligación que se tenga consigo mismo. De esta forma Hume nos expone a través de su tesis:

Que el suicido puede a menudo ser coherente con el interés y con nuestra obligación para con nosotros mismos no puede cuestionarlo nadie que conceda que la edad, la enfermedad o la desgracia pueden hacer que la vida sea una carga y se convierta en algo peor que su aniquilamiento. Yo creo que nadie dejaría la vida mientras valiera la pena conservarla.

Pues, es tal el horror natural que nos inspira la muerte, que los pequeños motivos nunca podrán reconciliarnos con ella. Y, aunque tal vez, la salud y la suerte de una persona no parecieran requerir tal remedio, podemos al menos tener la seguridad de que, cualquiera que, sin razón aparente, recurre a él estará aquejado de tal depravación o melancolía de ánimo que envenena todo su disfrute y la sumerge en una miseria cual si hubieran caído sobre ella las más penosas desgracias. (Hume, 2009, p.75)

Según lo anterior, existen contextos en la vida de una persona que invitan a acabar con ella más que a continuarla. Cuando la existencia se ha tornado pesada es mejor renunciar a ella que seguir cargando con aquel peso. Es incluso un deber hacia sí mismo dejar de vivir, que seguir con vida de un modo deshonesto. Nadie renuncia a su vida dejando a un lado el miedo natural a la muerte, el miedo a la muerte hace parte de nuestra naturaleza, pero este desaparece cuando la vida parece no valer la pena. El suicida puede incluso servir de ejemplo para la sociedad al mostrar que se puede conseguir la muerte voluntaria, antes que padecer una vida miserable. El suicidio puede ser visto como una manera honrosa de salir en limpio de una vida miserable.

### **La libertad y la voluntad de no permanecer con vida en Michael de Montaigne**

En la línea de tolerancia hacia la muerte voluntaria, está el filósofo y humanista francés Michael de Montaigne, quien refiere en sus ensayos que constantemente el ser humano vive su existencia acorde a las exigencias de los otros, pero es en la muerte voluntaria donde puede reafirmar su propia emancipación. (Montaigne, 2013)

En Montaigne (2013), se encuentra la idea según la cual el suicidio depende de la voluntad propia, y con esto apoya el pensamiento de Schopenhauer, al considerar que las condiciones que brinda la vida para su existencia no son placenteras, por el contrario, son dolorosas. El hombre no debe buscar el placer sino más bien la ausencia de dolor, el suicida es aquel que ama la vida, lo que no acepta y rechaza de esta son las circunstancias que le son dadas (Schopenhauer, 1995). El suicidio desde esta perspectiva, es un escape al sufrimiento humano, una actitud deliberada de la voluntad.

Montaigne en uno de sus ensayos titulado *Costumbre de la isla de Cea*, refiere el caso de la conquista de Filipo de Macedonia quien en el Peloponeso, a mano armada, advierte a Damindas que los lacedemonios sufrirían si eran sumisos con los invasores. Damindas juzgó que aquellos que eran sumisos, eran ante todo unos cobardes. Con lo que advertía que era preferible la muerte a perder el honor a manos de los enemigos invasores.

Preguntado Agis de qué modo el hombre puede vivir libre?, respondió: menospreciando la muerte. Estas proposiciones y mil semejantes, que se encuentran en situaciones análogas, sobrepasan en algún modo el esperar tranquilamente el fin de la vida cuando la hora nos llega, pues hay en la existencia humana muchos accidentes más difíciles de soportar que la muerte misma, de lo cual puede dar testimonio aquel muchacho de Lacedemonia, de quien Antioco se apoderó y que fue vendido como esclavo, el cual, obligado por su amo a ejercer un trabajo abyecto, repuso: Tú verás el siervo que has comprado; sería para mí deshonrosa la servidumbre, teniendo la libertad en mi mano; y diciendo esto, se precipitó de lo alto de la casa en que lo guardaba. Amenazando duramente Antipáter, a los lacedemonios para obligarlos a cumplir una orden, respondieron: Si pretendes castigarnos con algo peor que la muerte, moriremos de buen grado; el mismo pueblo repuso a Filipo, que le notificó su propósito de poner coto a todas sus empresas: ¿Acaso está en tu mano impedirnos el morir? Por eso se dice que el varón fuerte vive tanto como debe y no tanto como puede, y que el máspreciado don que de la naturaleza hemos recibido, el que nos despoja de todo derecho de quejarnos de nuestra condición, es el dejar a nuestro albedrío tomar las de villadiego; la naturaleza estableció una sola entrada para la vida, pero en cambio nos procuró cien mil salidas. Puede faltarnos un palmo de tierra para vivir, pero no para morir, como respondió Boyocalo a los romanos. ¿Por qué te quejas de este mundo? Libre eres, ninguna sujeción te liga a él; si vives rodeado de penas, culpa de ello a tu cobardía. Para morir no precisa sino una poca voluntad. (Montaigne, 2013, p.258)

Ciertamente el filósofo sugiere en las líneas anteriores que, la libertad absoluta sobre la existencia está en mano propia. Se espera la hora de la muerte, pero si esta espera se vuelve penosa ¿Por qué no tomar medidas al respecto? Es posible ahorrarse una vida de dolor, de malestar con una sola decisión; la muerte por mano propia. Además, no vale la pena quejarse de la suerte, de la existencia, si en nosotros está la decisión. La mejor salida posible al malestar de la existencia es la muerte; el suicidio lejos de ser una evasión cobarde de la vida, es más una despedida dulce de la misma. La muerte no es el remedio para una enfermedad o problema, es el antídoto contra todos los males posibles. Es necesario para esto superar el miedo a la muerte, y dejar de verle como un mal mayor, y al contrario,

buscarla con ímpetu (Montaigne, 2013). Es preferible huir del dolor que padecerlo sin ninguna necesidad.

Cuanto más voluntaria, más hermosa es la muerte. La vida no depende de la voluntad ajena, la muerte sólo depende de la nuestra. En ninguna ocasión debemos acomodarnos tanto a nuestros humores como en ésta. La reputación y el nombre son cosas enteramente ajenas a una tal empresa; es locura poner ningún miramiento. Todas las enfermedades se combaten poniendo en peligro nuestra existencia; se nos corta y cauteriza; se nos quiebran nuestros miembros, se extrae de nuestro cuerpo el alimento y la sangre; un paso más, y hétenos aquí, curados para siempre. ¿Por qué nos es más difícil cortarnos las venas de la garganta, que la del brazo? Los grandes males exigen grandes remedios. (Montaigne, 2013, p,300)

Es cierto que nadie pidió vivir, pero sí está en nosotros apelar a la muerte.. Suicidarse es el acto de voluntad al que el hombre puede recurrir en cualquier momento de su existencia. Este tipo de muerte es simplemente un atajo o un adelanto al mismo fin. Esta salida exige como remedio, el más drástico de todos los posibles.

Hasta acá se ha considerado al suicidio como la mejor salida posible ante las adversidades de la vida, sin embargo, aún no hemos incluido otra perspectiva que es indispensable para comprender este problema, hablamos pues de la visión de los estoicos “Los estoicos dicen que, el hombre cuerdo obra conforme a naturaleza abandonando la vida, aun siendo dichoso, siempre que la deje oportunamente; y que sólo es propio de la locura el aferrarse a la existencia cuando es insoportable” (Montaigne, 2013, p.305). Desde la ideología de los estoicos podemos comprender que no es un acto de locura suicidarse; lo es más bien cuando aquejados por algún mal no se realiza. La cordura debe estar presente cuando se toma esta decisión y se debe tener presente que no todo comportamiento suicida se da bajo el dominio de un estado de tristeza o de dificultad. Alguien puede suicidarse guiado por la razón o por la simple voluntad de no seguir con vida.

Existen sin embargo dudas entre los que creen que el suicidio es lícito y entre quienes no, pues se piensa en cuáles pueden ser las posibles circunstancias en las que sea justa tal acción. Montaigne (2013), siguiendo la lectura de los estoicos considera que estos no tienen claro en qué contextos darse muerte. Sucede porque no hay una aclaración pertinente, a veces afirman que es preciso morir por causas graves sugiriendo allí el suicidio en contextos en los cuales la vida se torne pesada; pero, por

otro parte, encontramos algunos apartados en donde se nos sugiere que el suicidio puede y debe darse sin importar las condiciones en las que se encuentre el hombre, por ende se asume la muerte voluntaria en el ejercicio pleno de la libertad.

Ciertamente Montaigne no desconoce (como sí lo hicieron los estoicos) que el suicidio puede darse de manera caprichosa. Sin embargo, esta actitud no debe valerse para el comportamiento suicida, pues bien, el suicidio debe tomarse como algo sublime que está además conectado con la voluntad y con el ejercicio racional de quien procede a él.

Existen inclinaciones caprichosas sin fundamento que impelieron a la muerte, no ya a hombres solamente, sino a pueblos enteros. En otro lugar he citado ejemplos de ello. Conocido es además, el hecho de las vírgenes milesianas, que por convenio tácito y furioso se ahorcaron unas tras otras, hasta que el magistrado pudo detener la hecatombe dando orden de que las que se encontraran colgadas serían arrastradas en cueros por toda la ciudad, con la misma cuerda que las ahogó. Cuando Teryción conjura a Cleomones al suicidio por el mal estado de sus negocios, no habiendo encontrado muerte más honrosa en la batalla que acababa de perder, e insiste en que acepte el suicidio para no dejar así tiempo a los que alcanzaron la victoria de hacerle sufrir vida o suplicio vergonzosos, Cleomones, con valor lacedemonio y estoico, rechaza tal consejo como afeminado y cobarde, y dice: Remedio es ése de que tengo siempre ocasión de echar mano y de que nadie debe servirse mientras le quede un asomo remoto de esperanza; que el vivir consiste más bien en desplegar resistencia y valentía; que quiere con su muerte misma servir a su país, y con el abandono de la vida realizar un acto de honor y de virtud. (Montaigne, 2013, p.320)

Con base a lo anterior podemos afirmar que este razonamiento pone en evidencia el rechazo que existe frente al suicidio, sin importar el motivo por el que se dé.. También puede estar en consideración que, si bien existe cualquier asomo de esperanza se puede asimismo aguantar cualquier dificultad.. Este tipo de pensamiento es el que se tiene tradicionalmente frente al rechazo del suicidio, el cual consiste en evitarlo siempre que se pueda. Es por este motivo que se hace difícil distinguir el momento en el que ya no puede haber esperanza alguna. La idea esperanzadora que versa en el “todo va a mejorar” se encuentra inscrita en la mente y en las costumbres humanas. Tendemos a adoptar estas ideas como forma de evitar el sufrimiento de saber que tal vez no es como se espera. Tal es el caso de las personas que se encuentran en un estado de salud deplorable y esperan que “mágicamente”, su condición mejore.

Conocido es el caso de Josefo, quien hallándose en inminente peligro por haberse levantado contra él todo un pueblo, no podía, racionalmente pensando, tener ninguna esperanza de salvación; aconsejado por alguno de sus amigos a buscar la muerte, siguió el prudente camino de obstinarse en la esperanza hasta el último momento, contra toda previsión humana, la fortuna cambió de faz y Josefo se vio salvo sin experimentar ningún daño. Por el contrario, Casio y Bruto acabaron de perder los últimos restos de la libertad romana, de la cual eran los defensores, por la precipitación y temeridad con que se dieron muerte, sin aguardar la ocasión irremediable de hacerlo. En la batalla de Cerisole el señor de Enghien intentó dos veces degollarse desesperado por la fortuna que tuvo en el combate, que fue desastrosa en el lugar que mandaba, y por precipitación estuvo a punto de privarse del placer de una tan hermosa victoria como alcanzó después. Yo he visto cien liebres escapar de entre los dientes de las liebres. (Montaigne, 2013, p.330)

Con lo anterior cabe resaltar que si bien existen alternativas al suicidio, no puede señalarse tal acto como moralmente incorrecto. Dado los contextos y bajo las circunstancias en las que se realice el suicidio, es necesario precisar que este debe aguardarse en el momento oportuno mediante la acción deliberativa.

Como el buen Racias viera toda su casa en desorden, la puerta quemada, sus enemigos prestos a cogerle, prefirió morir generosamente antes que caer en poder de los malos y dejar que se mancillase el honor de su rango; mas no habiendo logrado su propósito por la precipitación con que se asestó el golpe con su espada, corrió a precipitarse desde lo alto de una muralla por entre medio de la cuadrilla, la cual le hizo sitio cayó al suelo de cabeza; sintiéndose aún con un resto de vida, ganó nuevos ánimos, pudo colocarse de pie todo ensangrentado y magullado, y haciéndose lugar a través de sus enemigos, acertó a llegar hasta unas rocas escarpadas, junto a un precipicio, donde no pudiendo ya sostenerse se arrancó las entrañas, desgarrándolas y pisoteándolas, y se las arrojó a sus perseguidores, invocando la cólera del cielo contra sus verdugos. (Montaigne, 2013, p.340)

A veces se apetece la muerte por la esperanza de un bien mayor: “Deseo, dice san Pablo, desligarme de la envoltura terrena para unirme con Jesucristo” también nos dice, “¿Quién me desatará estas ligaduras?” En algunos casos religiosos el deseo de muerte es más predominante que en otros casos, por ejemplo, y esto ocurre porque allí se añora un mundo mejor ; y es entonces cuando la esperanza se vuelca hacia el papel del creador, en quien se espera pueda haber amparo y descanso.

Este deseo de alcanzar con la muerte “un mundo mejor” no sólo lo vemos en el cristianismo. Encontramos un caso en la antigüedad que corresponde a Cleombrotos Ambraciota, quien después de leer el *Fedón* de Platón, queda poseído de tan ardiente deseo de llegar a una vida futura que, sin motivo ni razón mayor, se arroja al mar. Tal fue su afán de llegar a ese mundo de las ideas, perfecto e inmutable del que Platón, que Cleombrotos no resistió la idea que hubiese un mundo mejor que éste y decide que debe estar en él lo más pronto posible.

Cabe preguntarnos si esta clase de suicidio puede ser el resultado de lo que podría llamarse (o no propiamente) *desesperación*, si funciona tal ejemplo como la destrucción voluntaria a la que se opone la esperanza; o si bien puede señalarse este caso afirmando que cumple con las condiciones tranquilas y serenas que debe tener tal juicio. En suma, esta manera de suicidio invita a reflexionar sobre la dignidad y esperanza que debe tener el ser humano hasta el último momento de la existencia. Racias, consciente que iba a ser asesinado por mano enemiga, prefirió por honorabilidad y libertad, morir por mano propia. El acto que asume Racias invita a la reflexión, sobre todo, en momentos en los cuales se es consciente del propio fin.

Refiere Montaigne que en la historia existe una cantidad considerable de ejemplos de hombres que prefirieron la muerte a seguir llevando una existencia penosa.

Sextilia, mujer de Scoro, y Paxea, esposa de Labeo, a fin de evitar a sus maridos los males que les amenazaban, de los cuales ellas no hablan de sentir otros efectos que los que acompañan a la afección conyugal, abandonaron voluntariamente la existencia para que tomaran ejemplo en situación tan aflictiva, a la vez que para acompañarlos en la otra vida. Lo que esas heroínas hicieron por sus consortes, realizolo por su patria Coceio Nerva, si bien con menor provecho, con igual vigor de ánimo. Este gran jurisconsulto, gozando de salud cabal, de riquezas, de reputación excelente, bien visto por el emperador, encontró que era razón suficiente para quitarse la vida el miserable estado en que se hallaba la república de Roma. Nada se puede añadir en exquisitez a la muerte de la mujer de Fulvio, familiar de Augusto: el emperador descubrió que aquél había violado un secreto importante que se le confiara, y una mañana en que Fulvio le fue a ver advirtió que le puso mala cara; entonces, lleno de desesperación se dirigió a su casa, y dijo a su mujer que habiendo caído en desgracia estaba dispuesto a suicidarse; ella repuso sin titubear: Procede razonablemente; puesto que más de una vez tuviste ocasión de sufrir los efectos de mi

lengua inmoderada sin que por ello te desesperases, deja que me mate yo primero; y sin decir más se atravesó el cuerpo con una espada. (Montaigne, 2013, pág. 348)

Ahora bien, estas referencias suicidas dan muestra de la diversidad que hay en los motivos que generan dichas muertes, como lo son por ejemplo, evadir los males que se acercan a través de suicidios heroicos o políticos. En todos estos casos se puede perfilar a estos hombres como personas que ejercieron el uso de su libre albedrío. En el caso de los suicidios masivos se encuentran las mismas razones por las cuales se cometen los suicidios individuales, dado que, aquello que la razón no encuentra en un hombre aislado, logra comunicarse en todos mediante el ejercicio individual que tiene el juicio.

En algunas culturas o períodos históricos el suicidio llegó incluso a ser premiado. Así ocurrió en tiempos de Tiberio, cuando los condenados a muerte llegaban a su ejecución, estos perdían sus bienes y se encontraban privados de la sepultura, mientras que, aquellos condenados que anticipaban su muerte por mano propia, les era asignada su sepultura y además recibían el privilegio de testar.

Siguiendo la línea argumentativa que nos suministra Montaigne (2013), resulta evidente que existen diferentes tipos de suicidio, pero que sólo uno es el privilegiado. Para hacer énfasis en este último y ampliarlo un poco, el filósofo al final de su ensayo señala lo siguiente.

Dirigiéndose al Asia Sexto Pompeyo, pasó por la isla de Cea del Negropono; por casualidad aconteció durante su permanencia en ella, como sabemos por uno de los que le acompañaron, que una mujer que gozaba de cuantiosos bienes, habiendo dado cuenta a sus conciudadanos de las razones que la impulsaban a acabar sus días, rogó a Pompeyo que presenciara su muerte para honrarla, a lo que aquél accedió de buen grado, no sin intentar antes por medio de su elocuencia, que era grande, disuadirla de su propósito. Todos los discursos de Pompeyo fueron inútiles. Aquella mujer había vivido por espacio de noventa años en situación dichosa, así de salud corporal como espiritual; pero en aquel entonces, tendida sobre un lecho mejor adornado que de costumbre, reclinado el rostro sobre el brazo, decía: Que los dioses, ¡oh Sexto Pompeyo! más bien los que abandono, que los que voy a encontrar, te premien por haberte disipado ser consejero de mi vida y testigo de mi muerte. Yo que experimenté siempre los favores de la fortuna, temo hoy que el deseo de que mis días se prolonguen demasiado me haga conocer la desdicha, y con ademán tranquilo me separo de los restos de mi alma, dejando de mi paso por la tierra dos hijas y una legión de nietos. Dicho lo cual, luego de haber exhortado a los suyos a la concordia y unión, haber



entro ellos distribuido sus bienes y recomendado los dioses familiares a su hija mayor, tomó con mano firme la copa que contenía el veneno, hizo sus oraciones a Mercurio para que en el otro mundo la reservara una mansión apacible, y bebió bruscamente el mortal brebaje; habló luego a los asistentes del efecto que el veneno la producía, y explicoles cómo las distintas partes de su cuerpo iban enfriándose, las unas después de las otras, hasta que dijo, en fin, que el corrosivo la llegaba ya a las entrañas y al corazón; entonces hizo que sus hijas se acercaran para suministrarla los últimos cuidados y para que cerraran sus ojos.  
(p.55)

Ciertamente en el suicidio anterior que se toma como ejemplo, el pensador perfila a la mujer que abandona su vida en un contexto en el que quitarse la vida es moralmente aceptado por las siguientes razones:

- 1) Es evidente que la señora que decide dar término a su vida se encontraba en una situación económica estable pero que, había vivido (90 años) en condición de desdicha. Por esta razón consideró que no valía la pena mantener su propia vida; de ahí que se sugiera el suicidio como la mejor salida.
- 2) Pompeyo trata en vano de persuadirla para que desista de su propósito, pero, lejos de desistir, la mujer da argumentos suficientes y delibera sobre lo que quiere hacer. Por esta razón puede afirmarse que existen suicidios guiados por la razón; por una libertad serena, contrarios a lo que puede creerse o ser un impulso infundado. Finalmente, antes de morir, la mujer logra aclarar y dar cuenta de su testamento y distribuye sus bienes espirituales y materiales entre sus hijos.

En conclusión, Montaigne encuentra que el suicidio es la mejor salida posible cuando el hombre se encuentra cansado y harto de su existencia. Tales son los casos en los que, llegar a una edad avanzada y sufrir el dolor intenso, imposibilitan la esperanza de vivir y es entonces allí donde se toma el suicidio como única esperanza y salida a dichos males.

En este capítulo se mostraron algunos de los principales argumentos que se han expuesto en favor de la muerte voluntaria. Para esto utilizamos elementos precisos que se encuentran en la filosofía de la antigüedad griega y romana así como también, algunos aciertos de la era moderna brindados por filósofos como Montaigne y Hume quienes aceptan el suicidio desde la moralidad. Seguido de este primer momento donde encontramos argumentos sólidos que nos ayudan a defender el suicidio desde

la esfera moral, pasamos a un segundo momento en el que se enseñan algunos de los argumentos principales que van contra vía a la defensa del suicidio. Este ejercicio de analizar los argumentos en contra y favor del suicidio, ayudará a tener una mejor claridad sobre el asunto para así tomar una postura frente a la tesis que acá se expone y defiende.

## Capítulo II

*¿Cuáles son las objeciones filosóficas más importantes que se han hecho en contra del suicidio?*

En este capítulo se exponen una serie de argumentos y tesis que plantean objeciones filosóficas en contra del comportamiento suicida. En este sentido, se hace necesario plantear el problema del suicidio desde el terreno ético, y para ello, es menester abordar preguntas como qué es la ética, y cuáles son los diferentes sistemas que la fundamentan. Este recorrido nos llevará a la relación entre los sistemas morales y éticos con el suicidio.

Una vez se haya relacionado los sistemas éticos con el comportamiento suicida, se pasará a revisar el sistema kantiano frente al problema del suicidio. Así mismo, se mostrarán las cuatro tesis que plantea Kant (1998), en las que demuestra que el suicidio es un comportamiento moralmente incorrecto. Cada una de estas tesis nos enseña aspectos morales que son de gran importancia para el filósofo, sobre los cuales asume él una postura objetiva.. Conceptos tales como: libertad, voluntad, razón y autonomía, recobran el sentido (con respecto a la muerte voluntaria), en la línea argumentativa de Kant. También revisaremos el concepto de “*deber*” en Kant, para comprenderlo desde el “*el deber para con uno mismo*” Este argumento tiene gran relevancia pues puede ser utilizado en el cuerpo argumentativo (en pro o en contra) del suicidio.

Finalmente, se revisan los argumentos planteados por Camus (2010), quien en su famosa obra *El mito de Sísifo*, expone una serie de argumentos (de índole filosófico-existencial) en relación al concepto de absurdo, el que además utiliza para rechazar el suicidio como solución a la existencia, o al mismo

absurdo del que él habla.. A partir de este concepto (*absurdo*) Camus desarrolla un hilo argumentativo en contra de la postura que acepta moralmente el morir por mano propia.

### **Ética: Kant y sus cuatro principales tesis en contra del comportamiento suicida**

Para empezar hay que hablar del suicidio como lo que es: un comportamiento humano. Es una acción que va encaminada a un fin determinado: dar fin a la propia existencia. Cuando hablamos de acciones, ya sean propias o ajenas, podemos evaluarlas y de este mismo modo examinamos las razones por las cuales se toman tales decisiones frente a las acciones, y si estas son buenas o malas en términos valorativos.

Estas razones obedecen a unos principios bajo los cuales se rigen los hombres; estos principios dirigen sus acciones de forma determinada, ya sea en favor de sí mismos o en favor de otros.. Por esta razón, no es fortuito que el ser humano se percate (en situaciones) cuando cree que viola alguno de los principios, y esta decisión frente a la acción la que determina la postura del sujeto.

No obstante, los principios morales entran en discordia en algunos contextos y esto cuando se piensa que algunos principios son incorrectos. Un ejemplo de ello es cuando algunas acciones que suelen ser aceptables, luego, por alguna circunstancia, pasan a ser incorrectas, también pasa a la inversa.. Tal es el caso de los homosexuales a quienes anteriormente se les consideraba que por su condición padecían algún tipo de trastorno mental, y vemos ahora cómo ellos son aceptados -sin señalamientos de ningún tipo- gran parte de la sociedad.. Otros ejemplos los encontramos también con problemáticas como el racismo y el machismo, (problemáticas que aún hoy siguen vigentes). El suicidio también ha sido visto desde diferentes ángulos, lo que pudo ser moramente aceptado en una época, en otra por el contrario pudo ser repudiado.

De ahí que estas intuiciones, que se llamarán morales, no sirvan por sí solas para sustentar desde la razón la acción moral. Las intuiciones entran en conflicto y por ende son inconsistentes. Tal es el caso del suicidio, que en algunos contextos es viable desde el punto de visto moral, y en otros, no cabe tal aceptación. Por esta razón, es necesario evaluar desde el campo de la filosofía moral y asumir una concepción general y sistemática de los principios que deben guiar la conducta en torno al suicidio.

En este apartado se mostrará la concepción general y sistemática que hace el filósofo Kant acerca de la moralidad; es decir, expondremos cómo entiende el filósofo la naturaleza de la moralidad y así después, examinar los principales argumentos que sustenta en contra del suicidio.

Kant (1998), considera que la naturaleza de la moralidad debe entenderse como aquello que es bueno sin ningún tipo de restricción. Es decir, aquello que es bueno independientemente de las circunstancias. Aquella acción que se ejecute sea tal que no produzca ningún tipo de mal. Manifiesta que existen en la inteligencia humana algunos "dones de la fortuna", como el autocontrol, la valentía o la perseverancia. Según él, estos dones "pueden llegar a ser extraordinariamente malos y dañinos si la voluntad que ha de hacer uso de estos dones de la naturaleza [...] no es buena" (Kant. I. , 1998). Es por esto, que el concepto de "la buena voluntad" es de suprema importancia en su teoría, ya que la buena voluntad es el único bien que es bueno en cualquier circunstancia, sin restricción.

"Ni en el mundo, ni, en general, tampoco fuera del mundo, es posible pensar nada que pueda considerarse como bueno sin restricción, a no ser tan solo una buena voluntad" (Kant, 1998, p.20). Por lo tanto, la buena voluntad de la que habla el filósofo alemán, es aquello que es bueno en sí mismo, no es aquello que fue buscado, ni propuesto por sus fines o consecuencias. Por otro lado, no es solamente tener buenas intenciones, pues no se trata de tener un buen deseo sino de cumplir el deber moral.

Considera Kant (1998), que existe una diferencia entre las personas y el resto del mundo natural. El ser humano es autónomo, lo que quiere decir que éste es capaz de crear sus propias normas y tiene además la capacidad de ir en contra de sus instintos naturales. Con los demás objetos del mundo no pueden hacerse tales comparaciones. Es por esto que se le puede atribuir un grado de libertad al ser humano, por tener la capacidad de decidir frente a ciertos principios.

A lo anterior podemos agregar que la persona que actúa bajo sus instintos naturales, no representa alguna diferencia con el resto de las cosas del mundo material. La persona que está guiada por la buena voluntad se encuentra fuera de la naturaleza instintiva; está guiada por sus propias leyes racionales, que no son otra cosa, que la buena voluntad. Esta última se halla motivada únicamente por el deber, por el cumplimiento de la ley moral.

[...] a menos de querer negarle al concepto de moralidad toda verdad y toda relación con un objeto posible, no puede ponerse en duda que su ley es de tan extensa significación que tiene vigencia, no sólo para los hombres, sino para todos los *seres racionales en general*, no sólo bajo condiciones contingentes y con excepciones, sino por modo *absolutamente necesario*. (Kant, 1998, p.31)

A partir de lo que nos dice Kant, podemos inferir por qué existen deberes de los que no podemos escapar. Existen algunos imperativos que se le aplican a todo ser racional; el ser humano, como ser autónomo, tiene la capacidad de seguir los principios que dicta la razón, de ahí que las acciones humanas lleguen hasta el juicio moral. Esto lleva al filósofo a formular su máxima más reconocida, el imperativo categórico que reza de la siguiente manera. "Obra como si la máxima de tu acción debiera tornarse, por tu voluntad, ley universal" (Kant, 1998, p.40)

Este imperativo es consecuencia de la racionalidad que es natural en el hombre. Bajo ninguna circunstancia se exige que otros seres cumplan tal principio. Es como si el único requisito para cumplir esta máxima fuese la razón, ya que el mismo principio supone un cumplimiento en todo el obrar humano. En palabras breves, el hombre se debe actuar de tal forma que su acción pueda cumplirse y repetirse en todo ser humano.

El otro imperativo kantiano que fundamenta su moral se encuentra en la siguiente máxima: "Obra de tal modo que uses la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre como un fin al mismo tiempo y nunca solamente como un medio" (Kant, 1998, p.44). Esta máxima tiene su rasgo fundamental en la moral kantiana, este tipo de moral tiene como propósito que no se utilice a los otros seres humanos como medios para determinados fines. Por el contrario, busca que se reconozca que el otro es su fin en sí mismo. En palabras de Arango (2005) se tiene que:

Esta versión del imperativo categórico impone dos deberes perfectos: i) tratar a otras personas siempre como seres que son valiosos en sí mismos, independientemente de qué beneficios puedan obtenerse de un tratamiento distinto, y ii) nunca tratar a los otros solamente como instrumentos. Sin embargo, generalmente tratamos a las personas como medios. (p.54)

De modo que, tratar solamente como un medio a otro ser humano, vale la pena ser analizado. Si se examina bien el término “solamente” se cae en la cuenta de que prácticamente es imposible no usar a otros como medios. De hecho, en la vida cotidiana las personas se utilizan constantemente para distintos fines. Sin embargo, no debe utilizarse solamente a las personas para determinados fines, sino bien, reconocerlas como fines en sí mismos.

Al mostrar brevemente la moral kantiana, podemos comprender la argumentación que da el filósofo en torno al suicidio. Al reconocer sus imperativos y principios morales, se entienden los criterios por los que rechaza el acto.. Ciertamente, es algo imprudentes tratar de explicar en tan breves líneas un sistema tan complejo como lo es la moral kantiana. Sin embargo, ahondar en su sistema filosófico o convertir este como un tratado moral estricto, no es el propósito de este trabajo investigativo. Ahora bien, las observaciones realizadas por Kant ayudarán a comprender los modos por los cuales es rechazado el suicidio desde el punto de vista moral.

En sus *Lecciones de ética*, obra que recoge las conferencias dictadas por él en la Universidad de Königsberg entre los años (1775) y (1781), reflejan la repugnancia que presenta el filósofo hacia el comportamiento suicida. Manifiesta que el suicidio puede ser enfocado desde distintos ángulos, y resultar irreprochable, permisible o hasta heroico. Si bien se han utilizado algunos argumentos a favor del comportamiento suicida, Kant propone que estos deben ser cuestionados. Es importante resaltar que los argumentos que presenta Kant sobre el suicidio escapan a los dados por la religión, pues estos son de índole netamente filosófico.

El primer argumento que hace admisible el suicidio, consiste en admitir que las personas son libres de disponer de su cuerpo y de las demás cosas que existen en el mundo. Ahora bien, esta libertad de disposición no debe (en ningún momento) interferir con la de los demás. Por consiguiente, el suicidio es admisible porque en ninguna ocasión interfiere con la libertad de otros y además podría ser la solución si la vida se torna irresistible en razón de las desgracias que esta puede traer. Admite Kant (1988), que este es uno de los argumentos que más seducen, pero tiene algunos reparos:

Desde luego, podemos disponer de nuestro cuerpo bajo la condición de mantener el propósito de la autoconservación. De ese modo uno puede dejarse cortar una pierna si ello pone en peligro su vida. El disponer de nuestro cuerpo es algo que se halla supeditado a la conservación de nuestra persona; pero quien se arrebatara la vida está disponiendo de su persona y no de su estado. Esto es lo más opuesto al supremo deber para con uno mismo, ya que elimina la condición de todos los restantes deberes. El suicidio sobrepasa todos los límites del uso del libre arbitrio, dado que éste sólo es posible si existe el sujeto en cuestión. (p.189)

Kant no niega en ningún momento que seamos libres de tomar decisiones frente a nuestro cuerpo debido, pues bien, nos pertenece. No obstante, las decisiones deben tener como rasgo característico la conservación. Esta preservación, es uno de los aspectos más importantes que presentan los seres humanos. El suicidio es uno de los comportamientos humanos que sobrepasa la libertad como persona y va en contra de esta preservación. El quitarse la vida es violar uno de los deberes más importantes que se poseen con respecto a sí mismo. Sugiere Kant que esto representa una especie de traición hacia sí mismo.

El vivir dignamente es una de las prioridades que tenemos como seres humanos; y aunque no se viva dignamente y sí en las peores condiciones posibles, es una obligación seguir preservando la integridad personal: mantenerse con vida. Por consiguiente, el suicidio no es admisible bajo ninguna circunstancia. Desde este punto de vista, puede entenderse que la vida es sagrada y que ésta ha sido dada como algo sagrado, y como tal, se debe proteger como lo más preciado que se tiene.

Todo se halla sometido al hombre salvo él mismo, a quien no le es lícito eliminar. Sería imposible que un ser necesario se autodestruyese; un ser no necesario ve su vida como la condición de cualquier otra cosa. Este ser entiende que la vida le ha sido confiada como algo sagrado, y se estremece ante cualquier afrenta a que se le someta, cual si se tratara de un sacrilegio. (Kant, 1988, p,180)

En otras palabras, Kant sitúa al hombre en una posición privilegiada dentro del mundo. Lo coloca en un lugar donde no se encuentran las demás cosas, ni las animadas ni las inanimadas. Esta posición se da por las facultades propiamente humanas; como pensar, razonar y sobre

todo, poder decidir. Las facultades humanas no se encuentran en los demás seres del mundo, de ahí el deber de preservar este lugar privilegiado que se tiene dentro de la naturaleza.

El hombre no debe disponer de su vida de la misma manera como dispone de las cosas, puesto que la vida humana no es una cosa. Los animales pueden, según Kant (1988), ser considerados como tal, como cosas, pero no los humanos. Sin embargo, cuando los hombres deciden dar fin a su vida quedan ubicados en el mismo nivel en el que pueden estar los animales o las cosas del mundo. La persona que tiene comportamientos suicidas no respeta a la humanidad, por tal razón, se convierte en una mera cosa, en un objeto más.

El suicida ha dejado de ser humano y puede ser adiestrado como un caballo o un perro; al convertirse a sí mismo en una cosa, no puede exigir que otros deban respetar en él su condición de ser humano, ese estatus que él mismo ha desdeñado. La humanidad es digna de aprecio y así debe ser estimada en cualquier persona, aun cuando se trate del más malvado de los hombres. (Kant, 1988, p.183)

Por esta razón, la persona que tenga comportamientos suicidas pierde el derecho a que sus semejantes lo traten con respeto y dignidad, puesto que ha renunciado a tal cosa. En contraste, el peor de los hombres, el peor criminal, debe ser tratado con respeto porque aún conserva su humanidad, a lo que el suicida ha renunciado. El suicidio desde cualquier perspectiva moral debe ser rechazado, porque desconoce la verdadera libertad humana y el deber para con ella.

De acuerdo con el rasero de la sagacidad, el suicidio se presentará a menudo como el mejor medio para desbrozarse uno el camino; pero conforme a la regla de la moralidad, el suicidio no es lícito bajo ningún respecto, ya que representa la destrucción de la humanidad y coloca a ésta por debajo de la animalidad. (Kant, 1988, p.184)

Para terminar con este argumento, es necesario insistir en que para Kant el suicidio es una afrenta contra la moralidad, el bien supremo de la humanidad. Otro argumento utilizado por Kant para manifestar que la prolongación de la vida está sujeta a determinadas circunstancias,



nos sugiere que existe un tipo de preferencia a la muerte, cuando la vida no puede ser guiada, adecuadamente, por la virtud y la prudencia. Para esto utiliza como ejemplo la muerte de Catón.

Quien se mató a sí mismo al ver que no podía evitar caer en manos de César, pese a contar con el apoyo de todo el pueblo; tan pronto como se hubiera sometido él, paladín de la libertad, sus conciudadanos habrían pensado: «¿qué vamos a hacer nosotros, si hasta Catón se ha doblegado?». Aparentemente Catón juzgó necesaria su propia muerte, pensando: «si no puedes continuar viviendo como Catón, más vale no seguir viviendo». Se ha de reconocer que, en este caso concreto, el suicidio aparece revestido como una gran virtud. Asimismo, se trata del único ejemplo dado por la historia que sea válido para la defensa del suicidio, pues es único en su género. (Kant, 1988, p.190)

Además del ejemplo anterior, el filósofo se vale de varios casos de suicidios a nivel histórico, para desarrollar su argumentación. Refiere el suicidio de Lucrecia con el fin de mostrar los tipos de suicidio existentes y cómo muchos de ellos son injustificables bajo cualquier óptica.

También Lucrecia se suicidó, pero en aras de la castidad y arrebatada por el deseo de venganza. Sin duda que es un deber mantener la honra, sobre todo para el segundo sexo, para el que tal cosa supone un mérito; pero sólo se debe procurar salvaguardar el honor para no sucumbir a la lujuria, y no es éste el caso que nos ocupa. Si Lucrecia hubiese defendido su honor con todas sus fuerzas hasta resultar muerta, habría obrado correctamente y no hubiera habido lugar para el suicidio. Pues no es suicida el arriesgar la propia vida ante el enemigo, llegando incluso a sacrificarla con objeto de observar los deberes para con uno mismo. Nadie bajo el sol puede obligarme al suicidio, ni tan siquiera un soberano. Ciertamente, el monarca puede obligar a sus súbditos a arriesgar su vida frente al enemigo en defensa de la patria, más los que mueran en el campo de batalla, lejos de ser unos suicidas, serán víctimas del aciago destino. Muy al contrario, temer a esa muerte que el destino ha fijado ya como necesaria e inminente no guarda relación alguna con la conservación de la vida, sino que sólo es un síntoma de cobardía. Pues cobarde es aquel que huye del enemigo para salvar su vida, dejando a sus camaradas en la estacada, mientras

que quien defiende a los suyos hasta encontrar la muerte, no es un suicida, sino alguien magnánimo y noble, ya que la más alta estima de la vida estriba en el hacerse digno de conservarla. Hay que establecer una diferencia entre el suicida y quien pierde su vida merced al destino. (Kant, 1988, p.191)

La defensa del honor en el caso anterior pudo salvaguardarse de otro modo, sin tener que recurrir al caso extremo del suicidio. Es posible morir en defensa del honor propio sin que esto conlleve al suicidio. Sin embargo, el tipo de muerte que tuvo Lucrecia como defensa de su propia integridad, está lejos de ser un suicidio y ser moralmente incorrecto, por el contrario, esta muerte representa una actitud heroica. Además, no se considera suicidio arriesgar la vida ante el enemigo. (Kant, 1988). El filósofo hace esto para exaltar la importancia que tienen los deberes de los hombres, para con sí mismos. Lo que sugiere también que, existe la obligación de auto-preservarse ante cualquier amenaza a la integridad.

Ahora bien, el suicidio es el acto de libertad supremo que poseen los seres humanos, y bajo ninguna circunstancia puede otro, obligarle a otro, cometer tal acto. Finalmente, se puede afirmar sin temor a equivocaciones que para Kant no existe tipos de suicidios heroicos, existen muertes que se dan en cumplimiento del deber como en el caso de los guerreros, que mueren por su señor o por su patria.

Kant (1988), sabe que para que se dé el suicidio debe darse también algún tipo de intencionalidad, es decir, debe haber premeditación. En otras palabras “[...] al sujeto en cuestión podríamos decirle: «eres culpable de tu propia muerte», más no: «eres un suicida». La intención de autodestruirse es lo que constituye el suicidio” (p.193). Así bien, cuando alguien es culpable de su propia muerte, puede existir en él todavía deseo de vivir, caso contrario con el suicida, en quien no queda ese deseo.. La libertad juega allí un papel muy importante ya que ésta no debe estar condicionada a factores externos y además, no debe ser utilizada en contra de sí, bajo ninguna circunstancia. Ninguna situación adversa debe servir para justificar la renuncia a la propia vida.

Ni el infortunio, ni un destino adverso deben desalentarnos para continuar viviendo, en tanto que pueda vivir dignamente como corresponde hacerlo a un hombre. Las quejas relativas al destino y al infortunio deshonran al hombre. Catón se hubiera comportado noblemente manteniéndose firme en su postura bajo todos los tormentos que César hubiera podido infligirle, mas no suicidándose. (Kant, 1988, p.192)

Finalmente, es preferible aguantar las desazones que la vida trae consigo que escapar de ella cual cobarde. Es más noble resistir las inclemencias de la existencia; y nunca debe considerarse este comportamiento como un derecho para sí mismo frente al infortunio; ni mucho menos debe considerarse como mérito u honor.

El tercer argumento que utiliza Kant (1988) para demostrar la inmoralidad del suicidio consiste en argumentar que tienen deberes para consigo.

Las máximas violaciones de los deberes para con nosotros mismos provocan una aversión estremecedora, como es el caso del suicidio, o una aversión repugnante, cual ocurre con los *crimina carnis*. El suicidio conlleva una aversión estremecedora, dado que toda naturaleza tiende a conservarse a sí misma. Un árbol dañado, un cuerpo vivo, o un animal así lo hacen, ¿cómo puede entonces en el hombre instaurar la libertad, que representa el máximo exponente de la vida y constituye su mayor valor, un principio de autodestrucción? No se puede imaginar algo más espantoso. Quien llegue tan lejos como para considerarse dueño de su propia vida, también se creará dueño de la vida ajena, abriendo así las puertas a todos los vicios; pues, al estar dispuesto a abandonar el mundo, no le importa mucho ser atrapado cometiendo las mayores atrocidades. El estupor provocado por el suicidio se debe a que con ello el hombre se sitúa por debajo de los animales. El suicida se nos antoja una especie de carroña, mientras que quien fallece por causa del destino suscita compasión. (p.195)

Por esta razón, es posible indicar que uno de los aspectos primordiales que tiene la teoría kantiana para rechazar el comportamiento suicida, se encuentra en la concepción del autor frente al “deber”, aquel que tienen las personas para consigo mismas. De modo que, este deber implica que la humanidad se conserve como especie, es decir, que los humanos se guarden como personas racionales; dado que, poseen facultades como el pensamiento y el libre albedrío. Así que, hacer uso de las facultades propias humanas (como lo es razón) para auto destruirse, es para Kant, el peor acto que puede cometerse contra la propia integridad.

Kant nos sugiere además que el ser humano se encuentra en una escala privilegiada dentro del mundo. Considerar que este ser privilegiado pueda ir en contra de sí mismo, es algo que no se puede concebir; es ir en contra de la naturaleza racional. Incluso ni los seres que pueden ser considerados inferiores al ser humano, seres “sin pensamiento”, se autodestruyen del mismo modo como lo hace el suicida.

El deber kantiano reconoce que la existencia humana debe estar acompañada de cierto grado de felicidad. Esta constituye un elemento importante, pero si no se logra vivir con tal felicidad, no debe deducirse la renuncia a la vida.

La miseria no autoriza al hombre a quitarse la vida, pues en ese caso cualquier leve detrimento del placer nos daría derecho a ello y todos nuestros deberes para con nosotros mismos quedarían polarizados por la *joie de vivre*, cuando en realidad el cumplimiento de tales deberes puede llegar a exigir incluso el sacrificio de la vida. (Kant, 1988, p.197)

De esto se sigue que, no es razón suficiente el hecho de que una persona manifieste que su existencia es desdichada e incluso penosa, para justificar el suicidio. Se debe, ante todo, velar por “el deber” de seguir con vida, mantenerse en vida: el deber de permanecer. Y es que esta responsabilidad representa uno de los aspectos más relevantes que deber tener la especie humana. El deber en este sentido, está por encima de la felicidad.

Termina Kant su argumento manifestando que la persona que tenga comportamientos autodestructivos como el suicidio le abre el camino a todas las demás degeneraciones posibles. Considerar que, hacer uso de la existencia para autodestruirse puede llevarnos a percibir y a justificar que se le haga daño a otro. En conclusión, el suicidio es el peor de los comportamientos humanos posibles y no cabe ninguna justificación para su realización.

El cuarto y último argumento que nos ofrece el filósofo alemán respecto al rechazo del comportamiento suicida tiene que ver con la religión. A pesar de manifestar no dar razones de tipo religioso en su argumentación para la condena del suicidio, termina por hacerlo. En su intento de proponer argumentos filosóficos que demuestren cómo el suicidio es una falta moral, termina utilizando un argumento religioso y se ve obligado a hacer mención.

Pero esta ficción se desvanece al considerar el suicidio desde la perspectiva religiosa. Hemos sido emplazados en este mundo bajo ciertos designios y un suicida subvierte los propósitos de su Creador. El suicida abandona el mundo como alguien que deserta de su puesto y puede ser considerado un rebelde contra Dios. (Kant, 1988, p.200)

Considerar que el ser humano fue creado por un dios y que éste ha dado un designio divino, es uno de los principales argumentos para sustentar la inviabilidad del suicidio y contraviene los propósitos que tiene ese hacedor para con la especie. Es usurpar la labor de Dios de dar y así mismo de arrebatarse la vida cuando lo estime necesario.

La religión considera uno de los pecados mortales contra Dios y contra sí mismos, el acto suicida. Por este motivo se debe conservar nuestra vida, porque el creador la ha prestado. Ahora bien, la libertad sobre sí mismos y las demás cosas del mundo deben ir enfocadas a salvar y guardar la existencia lo mejor posible. “En justicia, carecemos de derecho alguno a violentar nuestras fuerzas naturales de autoconservación, lesionando con ello la sabiduría que las ha dispuesto. La vigencia de este deber sólo cesa cuando Dios nos ordena explícitamente abandonar este mundo”(Kant, 1988, p.202). Solo Dios es el dueño absoluto de nuestra existencia y es el único que decide cuando *debe* morir.

¿Por qué Dios aborrece el suicidio? ¿Por qué razón hay más rechazo frente al suicidio que frente a otros actos inmorales y perversos que existen en la naturaleza?

Ahora bien, el suicidio es ilícito y aborrecible, no porque Dios lo haya prohibido, sino que Dios lo prohíbe precisamente por su carácter aborrecible. Por ello, es el carácter intrínsecamente aborrecible del suicidio lo que, ante todo, deben poner de manifiesto todos los moralistas. El suicidio encuentra su caldo de cultivo entre quienes todo lo basan en la felicidad. Pues quien ha degustado primorosamente el placer, al verse privado de él, suele ser presa de la aflicción y de la melancolía (Kant, 1988, p.208).

El carácter del suicidio es intrínseco: es despreciable. No se vuelve un acto reprochable porque Dios o alguna teoría moral así lo determine, sino que es su misma naturaleza la que lo hace ser reprochable y despreciable. Otro dato que cabe resaltar dentro de la perspectiva kantiana, es la que nos dice que el suicida está ligado a sensaciones corporales, es decir, a la búsqueda del placer, por tal motivo no podrá decirse que el suicida escapa del dolor, sino a la ausencia de placer.

### **Albert Camus y su postulado filosófico en torno al comportamiento suicida**

Otra concepción sobre la condena del suicidio la expone Camus (2010) *En el mito de Sísifo*, los argumentos expuestos por él que señalan el comportamiento suicida, merecen toda la atención para una mayor comprensión a tal situación..

Cuando escribe esta obra aborda allí el tema del absurdo, aquel que nos habla de la existencia en contraposición a la idea que se tiene de la existencia en obras como obra por ejemplo, la de Dostoievski. A través del personaje de Kirilov, se considera la inutilidad que tiene el hombre de estar

vivo y propone de esta manera el suicidio como una salida natural, decisión que se asume como algo consciente y deliberado. Camus (2010), entiende que, aunque la existencia se torne absurda debe ser asumida. Utiliza la figura de Sísifo para mostrar el absurdo de su tarea y su abnegación en su cumplimiento. Al comienzo de la obra manifiesta: “No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Juzgar si la vida vale o no vale la pena de vivirla es responder a la pregunta fundamental de la filosofía” (p.6). Esta afirmación es recurrente en su obra cuando intenta mostrar el absurdo del suicidio que representa la negación de la vida; Camus propone la afirmación de la vida en sí misma, defiende la existencia como un elemento deseable independiente de las circunstancias.

El autor considera que el suicidio es una cuestión imperiosa, por el acto mismo que este conlleva. Manifiesta que diferentes argumentos de distintos tipos de conocimientos no conllevan consigo a la muerte, sin embargo, podría sí ocurrir en los argumentos que son utilizados a favor del comportamiento suicida. “En cambio, veo que muchas personas mueren porque estiman que la vida no vale la pena vivirla” (p.6). Por lo tanto, la pregunta por el sentido de la existencia es una pregunta de suma importancia en la obra del escritor.

En el primer capítulo, se dejó claro que existen argumentos sociales e individuales en favor del comportamiento suicida. En *El mito de Sísifo*, se abordan los argumentos en relación al pensamiento individual. Un acto como el de quitarse voluntariamente la vida es tan privado como no lo podría ser algún otro.

Contrario a lo que pensaban otros autores a favor del suicidio, Camus sugiere que este comportamiento rara vez se asume reflexivamente. ¿Qué entiende el autor por muerte voluntaria?

Matarse, en cierto sentido, y como en el melodrama, es confesar. Es confesar que se ha sido sobrepasado por la vida o que no se la comprende. [...] Es solamente confesar que eso "no merece la pena". Vivir, naturalmente, nunca es fácil. Uno sigue haciendo los gestos que ordena la existencia, por muchas razones, la primera de las cuales es la costumbre. Morir voluntariamente supone que se ha reconocido, aunque sea instintivamente, el carácter irrisorio de esa costumbre, la ausencia de toda razón profunda para vivir, el carácter insensato de esa agitación cotidiana y la inutilidad del sufrimiento. (Camus, 2010, p.7)

Un mundo en el que ya no sea familiar vivir, que se torne extraño, incomprendido, produce en el hombre el sentimiento de lo absurdo, como resultado se ocasiona una ausencia de razón para seguir existiendo (Camus, 2010). El concepto de lo absurdo es de vital importancia para comprender cómo se concibe el suicidio en términos existenciales. El filósofo reconoce la relación intrínseca entre lo absurdo y el suicidio, así bien, el juicio de lo absurdo niega a su vez el sentido de la vida, pero esto no lleva forzosamente a aceptar que la vida no vale la pena ser vivida. Camus se interroga al respecto: “¿lo absurdo impone la muerte?” Problema que el autor sugiere resolver con suma prioridad.

La sensación de absurdo la puede sentir cualquier ser humano en cualquier momento de su existencia, es un sentimiento que tiene su propio mundo; es una actitud espiritual de desfallecimiento y falta de fuerzas hacia la vida; es un original estado del alma donde el vacío se hace latente y el corazón busca aquello que le hace falta. Todo esto es lo que hace visible para el hombre, la falta de sentido en la existencia.

La historia del saber se ha centrado en conocer todos los fenómenos de la naturaleza, las leyes que la rigen, pero no hay verdad absoluta sino “verdades,” por lo que el mundo y el sujeto se perciben extraños. Queda así entredicho que la felicidad humana es el saber.

Todo lo que se puede decir es que este mundo, en sí mismo, no es razonable. Pero lo que resulta absurdo es la confrontación de ese irracional y ese deseo desenfrenado de claridad cuyo llamamiento resuena en lo más profundo del hombre. Lo absurdo depende tanto del hombre como del mundo. Es por el momento su único lazo. Une el uno al otro como sólo el odio puede unir a los seres. Eso es todo lo que puedo discernir claramente en este universo sin medida donde tiene lugar mi aventura. (Camus, 2010, p.18)

El mundo es una inmensa irracionalidad, por lo tanto se hace imposible comprenderlo. Esta esfera del absurdo de lo humano frente a la irracionalidad del mundo termina en nostalgia y por ende quizás en suicidio. Lo “absurdo” es aquello imposible, contradictorio. En términos generales es aquello que, si se da, está provisto de toda desproporción con la realidad.

Del mismo modo también una demostración por lo absurdo se efectúa comparando las consecuencias de este razonamiento con la realidad lógica que se quiere instaurar. En todos estos casos, desde el más sencillo hasta el más complejo, la absurdidad será tanto más grande cuanto mayor sea la diferencia entre los términos de mi comparación. Hay casamiento, desafíos, rencores, silencios, guerras y también paces absurdas. En cada uno

de estos casos la absurdidad nace de una comparación. Por lo tanto, tengo razón al decir que la sensación de la absurdidad no nace del simple examen de un hecho o de una impresión, sino que surge de la comparación entre un estado de hecho y cierta realidad, entre una acción y el mundo que la supera. Lo absurdo es esencialmente un divorcio. No está ni en uno ni en otro de los elementos comparados. Nace de su confrontación. (Camus, 2010, p.24)

Lo absurdo es una lucha constante que acarrea desesperanza, rechazo y descontento, y se encuentra en la comparación hecha de los términos expuestos. El hombre que se reconozca como un ser absurdo acepta que se encuentra en una lucha constante, es por esto que acepta la razón y lo irracional como parte de su absurdidad. Es precisamente en el divorcio entre el espíritu que desea y el mundo que lo decepciona, lo que hace a la vida ser valiosa, vale la pena vivir en el desgarramiento entre lo uno y lo otro.

El camino por el que el absurdo cobra sentido, es precisamente en el reconocimiento que, aunque la vida carezca de algún sentido para vivirla, eso hace precisamente que se viva aún mejor en su aceptación plena. Esta aceptación debe tornarse consciente en la mente del hombre para evitar que este la rehuya (Camus, 2010). El suicidio impone un límite al hombre y hace que éste acabe con el absurdo antes de tiempo, precipitándose a lo inevitable. “Es, en la punta extrema del último pensamiento del condenado a muerte, ese cordón de zapato que, a pesar de todo, divisa a algunos metros, al borde mismo de su caída vertiginosa. Lo contrario del suicida, precisamente, es el condenado a muerte” (Camus, 2010, p.68).

El absurdo es la carencia de un mañana; en él radica la libertad humana y está lejos de toda promesa de eternidad. A pesar de ello, el hombre puede aceptar su vida bajo estas circunstancias y sacar fuerzas de ellas para sobrellevarla sin ningún tipo de consuelo. El hombre en su aceptación consciente de la absurdidad debe comprender que lo importante no es la calidad de sus experiencias en términos valorativos, sino vivir lo que más sea posible, esto debido a que la moral de un hombre, la escala de valores, recobra sentido en la medida en que éste tiene una gran cantidad y variedad de experiencias que ha podido acumular (Camus, 2010). Pareciese como si todo esto fuera una invitación a la muerte de sí mismo, pero por el contrario, es una invitación a aceptar la vida tal como se le presente al hombre.



El hombre posee una sola existencia, y debe renunciar por ello a la idea descabellada que habla de una vida después de la muerte. El hombre constituye su propio fin, así que, si éste quiere realizar algo, vivir algún tipo de experiencia, debe hacerlo en vida, en esto consiste la libertad humana cuando se es consciente de ello. La muerte acaba con todo, por ello no debe esperarse al porvenir.

El mundo para Camus es absurdo, pero el hombre debe poder vivir y sobrellevarlo lo mejor posible. Cabe la pregunta ¿se puede vivir sin apelación? y es la ilusión ya sea por un mejor empleo, un nuevo amor o simplemente por una vida mejor, que se hace imposible concientizar el absurdo, y sobre todo, que pueda el absurdo ser vivido en plenitud.

La muerte es para el hombre su única realidad, el absurdo más latente, el seguir viviendo es el único testimonio real de la dignidad humana, es su rebeldía contra su condición; la constancia diaria de permanecer existiendo en un mundo que le es indiferente, estéril. Requiere un gran esfuerzo no renunciar a ella, y ahí es donde radica el valor que tiene el ser humano de permanecer con vida, y donde radica también la cobardía del mismo, quien accede a la muerte voluntaria. El suicidio evade la lucha cotidiana de repetir una y otra vez las mismas experiencias y luchas, sin embargo, estas luchas no dejan de ser admirables frente al destino que les corresponde.

En *El mito de Sísifo* cuando el personaje del que se habla regresa una y otra vez por la roca para empujarla incesantemente, se encuentra con una pausa en su regreso lento y es cuando la conciencia despierta y reconoce su labor absurda, en ese momento nace lo trágico en Sísifo y de todo hombre que es consciente de su trivialidad (Camus, 2010). Hacerse consciente de que todas las labores realizadas en esta vida son absurdas, que no tienen alguna finalidad posible, ni mucho menos esperanza alguna, es donde radica lo trágico de la vida.

Lo que pertenece a la vida del hombre es su destino, aunque sea este destino el peor de los posibles es la única realidad que le pertenece. Es dueño de él y de su vida presente, aunque la roca siga rodando incesantemente y todo acabe en el instante mismo de la muerte. El hombre al afrontar todo este destino conscientemente, puede hacerlo con dicha y gozo de saber que enfrenta cara a cara la absurdidad de su existencia.

[...] siempre se ha tratado del suicidio como de un fenómeno social. Por el contrario, aquí se trata, para comenzar, de la relación entre el pensamiento individual y el suicidio. Un acto como éste se prepara en el silencio del corazón, lo mismo que una gran obra. El propio

suicida lo ignora. Una noche dispara o se sumerge. De un gerente de inmuebles que se había matado, me dijeron un día que había perdido a su hija hacía cinco años y que esa desgracia le había cambiado mucho, le había "minado". No se puede desear una palabra más exacta. Comenzar a pensar es comenzar a estar minado. La sociedad no tiene mucho que ver con estos comienzos. El gusano se halla en el corazón del hombre y en él hay que buscarlo. Este juego mortal, que lleva de la lucidez frente a la existencia a la evasión fuera de la luz, es algo que debe investigarse y comprenderse. (Camus, 2010, p.70)

Ahora bien, el suicidio es un acto individual y es uno de los actos más íntimos que pueden existir en el corazón de cada persona. Pensar que el suicidio es un acto que se comparte como puede compartirse cualquier otro acontecimiento, es un error. De ahí que, no sea tarea fácil comprender el suicidio, ya que el comportamiento suicida puede darse por muchas causas, entre las que se encuentran enfermedades incurables, penas, cansancios existenciales y rara vez, insinúa Camus, se da por reflexión. El suicidio reflexivo lo pone en tela de juicio, debido a que "la gente se suicida rara vez (sin embargo, no se excluye la hipótesis) por reflexión." (p.50). La reflexión en el acto suicida es un acontecimiento extraño, aunque no se puede afirmar contundentemente que no exista.

El suicidio es un acto que se desencadena por una crisis que casi siempre es incontrolable. Aunque muchos hombres sanos han pensado en algún momento de sus vidas en su propio suicidio, no necesariamente existe la relación entre suicidio y enfermedad mental generada por alguna crisis. Hay un vínculo entre la aspiración a la nada y el suicidio. Esta aspiración o si se le puede llamar sentimiento, es propio de todo ser racional y autónomo, debido a que, en algún momento de su vida el hombre aspirará a la nada.

Este sentimiento de la nada no es más que el sentimiento de lo absurdo de la vida humana. Este sentimiento de lo absurdo y de la nada, está ligado estrechamente con el comportamiento suicida, en la medida en que el suicidio se presenta como solución contundente para acabar con el absurdo de la existencia. Pero, para llegar al acto final de la muerte voluntaria, se necesita que el sujeto esté de acuerdo consigo mismo.

No en vano se ha jugado hasta ahora con las palabras y se ha fingido creer que negar un sentido a la vida lleva forzosamente a declarar que no vale la pena de vivirla. En verdad, no hay equivalencia forzosa alguna entre ambos juicios. Lo único que hay que hacer es no dejarse desviar por las confusiones, los divorcios y las inconsecuencias que venimos señalando. Hay que apartarlo todo e ir directamente al verdadero problema. El que se mata

considera que la vida no vale la pena de vivirla: he aquí una verdad indudable, pero infecunda, porque es una perogrullada. ¿Pero es que este insulto a la existencia, este mentís en que se la hunde, procede de que no tiene sentido? ¿Es que su absurdidad exige la evasión mediante la esperanza o el suicidio? Esto es lo que se debe poner en claro, averiguar e ilustrar, dejando de lado todo lo demás. ¿Lo absurdo impone la muerte? Este es el problema al que hay que dar prioridad sobre los demás, al margen de todos los métodos de pensamiento y de los juegos del espíritu desinteresado. (Camus, 2010, p.20)

En otras palabras, cuando se dice que la vida no tiene ningún sentido no se sigue que la solución sea el suicidio. Se concluye de esto que ha existido un error conceptual al respecto, pues puede vivirse una vida que carezca de sentido, sin tener que renunciar a ella. El absurdo de la existencia no lleva necesariamente a la muerte, por el contrario, puede conllevar a reafirmar la vida.

Se debe asumir la rutina de la vida como la función de una máquina, en la que se repite una y otra vez las mismas acciones. En el momento en el que el hombre asume y es consciente de este hecho, puede decidir y romper con la cadena de la existencia y arrojarse entonces al suicidio. En este sentido permanecer en la vida es aceptarla como sea.

Vivir bajo este cielo asfixiante exige que se salga de él o que se permanezca en él. Se trata de saber cómo se sale de él en el primer caso y por qué se permanece en él, en el segundo. Yo defino así el problema del suicidio y el interés que se puede conceder a las conclusiones de la filosofía existencial. (Camus, 2010, p.24)

Por esta razón, el suicidio se enmarca en el salirse de la vida. En cambio, hacer conciencia que la vida no tiene sentido y por lo tanto que ella en sí misma es absurda lleva a cuestionarnos sobre el por qué seguir viviendo a pesar de que no existe alguna esperanza. Pareciera que estas afirmaciones buscan afirmar positivamente el suicidio y esto está lejos de serlo.

## Capítulo III

### **Suicidio y trastornos mentales**

La literatura de la ciencia médica (en especial las ciencias de la mente) y la OMS, reportan que el 90% de casos de suicidio se encuentran asociados a algún trastorno mental. Este capítulo se propone trazar algunas relaciones entre trastornos mentales y la conducta suicida, sin afirmar que necesariamente exista en todos los casos de suicidio esta relación entre alguna anomalía mental o psicológica.

Por medio de la literatura o de diagnósticos manuales de tratamientos a la salud mental, se realizará una descripción sobre las enfermedades mentales y sus características. Así mismo, se espera obtener un trabajo que relacione las enfermedades mentales con el suicidio, y plantear a partir de allí la tesis que versa en defender que no todo comportamiento suicida tiene como base la enfermedad mental.. De igual manera no toda persona que tenga un trastorno mental se suicida. Para tal tarea, se hace necesario responder a las preguntas: ¿Qué es una enfermedad mental? y ¿Qué tipos de enfermedades mentales existen?

En esta misma línea, es necesario preguntarnos si los comportamientos suicidas se pueden prevenir en la medida que se previenen las enfermedades mentales a través del uso de los fármacos. Se propone mostrar la relación que existe entre el suicidio, las enfermedades mentales y el uso de los fármacos, para exponer luego dos vertientes teóricas de la salud mental, que nos hablan al respecto. La primera de estas teorías es la que afirma que el uso de los fármacos disminuye el riesgo de padecer enfermedades mentales y de que estas terminen en el acto suicida. La otra de estas teorías es que sostiene todo lo contrario.

En conclusión, la concepción que se ha tenido del suicidio desde este campo, ha estado encaminada a ser encasillada dentro de diferentes enfermedades mentales. Dicho de otra manera, considerar al suicidio como manifestación o síntoma de algún trastorno mental es la propensión general. Para esto se muestra una serie de argumentos de la intencionalidad y la racionalidad que existe en algunos comportamientos suicidas.

### **Ciencia médica y trastornos mentales**

Según el *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales DMS-5*, un trastorno mental es una alteración clínicamente significativa en la esfera de la vida emocional y social de la persona que lo padece (Psiquiatría., 2013). Este trastorno se da por alguna disfunción biológica subyacente, en la mente del individuo.

Desde 1970 la OMS identificó el acto suicida como un problema de salud pública. Un hallazgo significativo en los estudios realizados indicó que, uno de los grupos con más casos de suicidio se encuentra en los hombres en edades que oscilan entre los 20 y los 29 años de edad, seguido por el sexo femenino donde la cifras oscilan entre los 15 y 17 años. Se ha encontrado además en estos estudios que hay diversidad de factores que propician el suicidio tales como: duelos; dificultades tanto familiares, como sociales o de pareja; desempleo o poca tolerancia a la frustración. También se señalan dentro de los diagnósticos de trastornos mentales, factores como el uso de sustancias psicoactivas y el alcoholismo.(Naranjo, 2014). El trastorno mental es el factor de riesgo sobresaliente en el acto suicida, debido a que el 90% de individuos que se quitan la vida presentan un diagnóstico de índole psiquiátrico.

De los trastornos mentales que más incidencia han tenido en el momento de asumir el comportamiento suicida son: la depresión, distimia, bipolaridad, trastorno de personalidad, ansiedad, agorafobia, abuso de sustancias (drogas psicoactivas, alcohol y tabaco), esquizofrenia, somatización y trastornos alimentarios como la anorexia nerviosa. (Verna, 2012, p.126)

En este mismo estudio se sostiene que las personas que sufren depresión presentan niveles de suicidio 44 veces superiores a las personas que no la padecen, incluso a veces puede ser superior al resto de los pacientes psiquiátricos. A este nivel de alta probabilidad de suicidio, le siguen aquellas personas que padecen trastorno de ansiedad.

Lo que debe quedar claro es que un trastorno mental por sí solo no puede explicar la conducta suicida, deben existir diferentes variables, o por el contrario, no existir en algunos casos ningún tipo de trastorno mental, ni causa externa para consumir del suicidio. Vale aclarar que no se desconoce que la presencia de un trastorno mental (ya sea depresión o algún otro trastorno como la esquizofrenia) unido a la desesperanza frente a la existencia, forman el componente preciso que relaciona al suicidio.

Ahora bien, otro componente al que puede relacionarse el suicidio, es la impulsividad y agresividad que está en los factores biológicos que demarcan esta conducta. Gracias a eventos traumáticos que se hayan tenido durante la infancia o parte de la vida adulta, se puede producir un daño cortical prefrontal que genere desinhibición e impulsividad y desemboquen todos estos elementos en conductas autodestructivas (Davidson, 2000). Además, estudios *post mortem* a personas que se han suicidado, dan fe que realmente los factores neurobiológicos influenciaron en dicha decisión. Se encuentra que los marcadores de serotonina (metabólico 5HTA) estaban disminuidos en estos individuos.

Los pacientes que padezcan depresión (en todas sus formas); esquizofrenia; trastornos de personalidad (personalidad antisocial y límite, con rasgos de impulsividad, agresión y frecuentes cambios de humor); alcoholismo y/o toxicomanías y otros trastornos mentales orgánicos, frecuentemente tienen una tendencia a querer quitarse la vida. Por esta razón la teoría o el modelo de diátesis- estrés, sustenta o bien reafirma que explicar el suicidio es hacer referencia a una multicausalidad del mismo, que se da por la interacción de los genes y el ambiente (Gutiérrez-García, 2006). La teoría de Mann (2003) va más allá al sostener que:

La hipótesis de una transmisión familiar, principalmente genética, de cierta propensión a externalizar la agresividad y una tendencia a presentar conductas suicidas. Indica que el riesgo suicida no está únicamente determinado por la posibilidad hereditaria de cierta enfermedad psiquiátrica, sino también, y de manera primordial, por la tendencia a experimentar una mayor ideación suicida. (p.819)

El comportamiento suicida no obedece exclusivamente a un sólo factor. Se basa más bien en una determinada predisposición que hay en la enfermedad mental; a un suceso vital y de acontecimientos sociales (entre otras causas) que sumados llevan a tomar tal decisión. El quitarse la vida para muchos no es un acto ni de cobardía, ni de valentía. Por otra parte, el suicidio es visto como un sentimiento de sufrimiento en el que no existe la más mínima sensación de esperanza hacia el futuro. Esta perspectiva de ver al suicidio como una grave enfermedad que debe recibir tratamiento, responde a un gran sector de la ciencia médica.

La Federación Mundial para la Salud Mental (2010), También sigue la línea argumentativa que planteamos en este apartado, en donde si bien el 80% de las personas suicidas han sido afectadas por un trastorno, no siempre encontramos que este factor se repita en todos los casos. (Chesney y Goodwin, 2014). En los casos en donde la situación económica, familiar y social de una persona llega a carecer de sentido, bien sea por el sin número de dificultades que se tenga o por cualquier motivo personal, la vida comienza a carecer de valor para esta y se hace patente en ella la idea de terminar con su vida, en estos casos no se puede atribuir la responsabilidad del suicidio a algún trastorno mental.

Además, se debe tener en cuenta que el suicidio se puede dar en un momento de lucidez. No debe pensarse erróneamente que el suicidio se realiza siempre en las peores circunstancias, es decir, bajo un ciego impulso. Si bien podemos afirmar que la mayoría de personas que intentan el suicidio o que lo logran, son personas que padecen depresión o alguna enfermedad mental, no debe por ello restringirse tal acto a una respuesta patológica o psicológica. Pues bien, la conducta suicida demuestra en sí misma una infelicidad profunda y un malestar con la existencia, pero esto no debe limitar al sujeto a padecer de algún tipo de trastorno mental. No todas las personas que sufren trastornos mentales se suicidan, así como tampoco todo el que se suicida presenta un síndrome de este tipo.

### **¿Es prevenible el comportamiento suicida?**

Si bien es aceptado que la OMS reconoce que el suicidio es un problema grave de salud pública a nivel mundial, y que supone un impacto personal y familiar que perdura en las personas cercanas de quién lo comete, se debe respetar la decisión de quien -en forma deliberada- lo hace. Sin embargo, casos de personas que presentan un trastorno mental, como por ejemplo la población adolescente, el suicidio debería preocupar a las autoridades, a los profesionales de la salud y en conjunto a toda la sociedad. “En los últimos 45 años, las muertes por suicidio a nivel mundial, se han incrementado un 60% y, desgraciadamente, la franja de edad que se ha incrementado más ha sido la población adolescente” (Organization W.H., 2005, p.4). Se hace necesario que en esta población se haga un trabajo de prevención en torno al suicidio y se convierta esto en una prioridad a nivel de la salud pública. La responsabilidad no sólo depende del sector de la salud, sino también de sectores como el educativo, el familiar y el social, los cuales pueden contribuir al deterioro o la mejora de la salud del paciente y del adolescente.

Ciertamente se da el suicidio con mayor incidencia en esta etapa de la vida humana por la poca capacidad que tienen los adolescentes en el manejo de sus frustraciones y emociones. Una forma de contribuir a la prevención del suicidio en la población adolescente, es evitar la deserción escolar debido a las alteraciones del ánimo bien sea por razones ligadas a factores como el *bullying* o a algún otro tipo de acoso escolar. Además, puede brindarse tratamiento a problemas como la drogadicción y el alcoholismo, que suelen identificarse como señales tempranas dentro de los pensamientos suicidas de jóvenes. Pueden crearse programas de educación para que se tome consciencia sobre el problema, y para esto, es necesario capacitar tanto a maestros y familiares, como a todo aquel que esté al cuidado de esta población, de igual forma, se puede incentivar a que los jóvenes tomen liderazgo sobre este asunto.

Así mismo, el suicidio en un adolescente representa una gran tragedia para su familia y las personas que lo rodean. Estas muertes por lo general suelen ser tan devastadoras que crean un trauma en la vida de sus familiares, en general, de larga duración (Health, 2014). El suicidio de cualquier ser querido produce un gran sufrimiento, pero en el caso del suicidio adolescente se genera, un mayor sentimiento de frustración por parte de sus familiares y cercanos, a saber que, fue poco lo que pudo hacerse por el joven suicida.

Del mismo modo que el suicidio en adolescentes es un comportamiento que debe preocupar, es mucho más alarmante en personas que padecen algún tipo de trastorno mental. Estas últimas requieren un mayor cuidado ya que debido a su condición (mental), su autonomía se ve sabotada y es por esta razón que este tipo de personas deben recibir un juicio valorativo distinto del que podría dársele a otra.

No todo suicidio se da por trastornos mentales (Health., 2014). Tal afirmación está sustentada en estudios que han sido realizados desde los campos de la psicología y la biología cerebral, para estudiar el comportamiento de los suicidas. Se busca demostrar que existe una relación estrecha entre el suicidio y los antecedentes de trastorno mental por el uso de sustancias psicoactivas. Dichos hallazgos han tenido algunos sesgos en su metodología y en sus bases analíticas que hacen dudar de su validez (Hjelmeland, 2017). De igual manera, no sólo la existencia de factores biológicos explica el comportamiento suicida, sino que también hay otros como el existencial, el social y el psicológico, los cuales en ciertos contextos pueden representar un mayor peso que la misma valoración biológica y médica.



En efecto, la gran mayoría de personas con problemas clínicos no llega a suicidarse, ni siquiera hacen intento de ello. Esta afirmación contradice lo expuesto por la OMS, la cual manifiesta que el 90% de las personas con trastornos mentales dan fin a su vida.

El trastorno mental ni es una condición necesaria, ni suficiente para el suicidio. Que exista relación entre psicopatología y conducta suicida, no autoriza a concluir que la psicopatología sea la “causa” del suicidio, explícita o implícitamente, a cuenta de una naturalización biomédica del suicidio. Se confunde un factor de riesgo con un factor explicativo. (Franklin, 2017, p.143)

En líneas anteriores afirmamos que reducir el acto suicida a mero síntoma involuntario, arrebatado e inmotivado, es distorsionar el sentido más esencial que tiene el acto suicida, aquel reflejado en la intencionalidad del querer acabar con la vida. El comportamiento suicida no es una muerte involuntaria como lo sería una enfermedad terminal, en el caso de muerte por suicidio puede atribuirse una libertad en el agente.

Por otra parte, se puede decir que la esencia del comportamiento suicida reside en su intención, la que persigue el sujeto mediante la ejecución de una conducta determinada para dar fin a su vida. El criterio de intencionalidad es fundamental para discriminar entre el comportamiento deliberativo y el accidental. De lo que se puede inferir que, existen entonces suicidios decididos desde la lucidez y la plena conciencia, frente a las repercusiones que trae la muerte.que puede traer la muerte.

No han de considerarse, por tanto, fruto de la alienación o del egoísmo. Tampoco implican una fuga de la vida, ya que no se ejecutan por cobardía, sino desde la serenidad y la sabiduría de quien opta - como dijo Séneca – no por escapar sino por “salir” voluntariamente de un escenario al que uno se ha visto obligado a subir sin que se le solicitara su consentimiento. (Domínguez, 2018, p.3)

De ahí que el suicidio se plantee desde la propia responsabilidad que tiene el sujeto con su vida. Constituye tal acción un acto de libertad suprema, porque el sujeto toma el derecho de decidir sobre su propia vida sin que nada ni nadie lo haga por él. Si para el hombre en cuestión la vida es sufrimiento y considera que en ningún momento escogió nacer (como es natural), su decisión de abandonar la vida no es susceptible de reproche o reprobación (Dominguez, 2018). Por el contrario, el suicidio es una decisión propia que demuestra que realmente se es dueño de la existencia. Ahora bien, lo importante acá es saber en qué momento tomar esta decisión sin ser presa en algún momento de un impulso irracional.

A la inversa de este asunto por ejemplo cuando se cataloga a las personas que tienen comportamiento suicidas como seres alineados e incapaces de tomar sus propias decisiones y de valerse por sí mismas, se les está queriendo decir que no poseen la facultad de decidir por ellos mismos. Hacer esto se asemeja, por ejemplo, a lo que hicieron los nazis durante la segunda guerra mundial en el momento en el que privaron y negaron la libertad de los judíos. Para mayor aclaración con respecto a la similitud que puede haber entre una cosa y otra, citamos a Deutsch.

Cuando pasaba por algunas salas de Byberry, me recordaron los campos de concentración nazis de Belsen y Buchenwald. Entré en edificios atestados de seres humanos desnudos amontonados como ganado y tratados con menos consideración, impregnados por un hedor tan fuerte y nauseabundo que la fetidez parecía tener una existencia autónoma. Vi centenares de pacientes que vivían bajo techos con goteras, rodeados de paredes mohosas, destrozadas, y tirados en suelos podridos por falta de asientos o de bancos. (Deutsch, 1948, p.48)

### **Fármacos, salud mental y suicidio**

Siguiendo la línea del ejemplo anterior, encontramos hospitales psiquiátricos atestados de pacientes que han intentado suicidarse, aquellos pacientes que ingresan pierden toda libertad de decidir por sí mismos; ya no son personas que, según estas instituciones, puedan valerse por sí mismas. En estos lugares tratan a pacientes que padecen algún tipo de comportamiento suicida, sin ninguna consideración a su integridad mental, como si el tratamiento que dado bajo encierro sirviera como solución al deseo de morir.

No obstante, es un error desconocer que existen enfermedades mentales que influyen en el comportamiento suicida. Tampoco puede hacerse a un lado la idea de la enfermedad mental

como una condición necesaria para darse el suicidio Para comprender la naturaleza de la enfermedad mental, en una columna escrita en la revista *New York Times* se manifiesta que:

Debemos comprender que los problemas mentales son tan reales como la enfermedad física, y que la ansiedad y la depresión requieren terapia activa lo mismo que la apendicitis o la neumonía —afirmaba el doctor Howard Rusk, profesor de la Universidad de Nueva York, que escribía una columna semanal para el *New York Times*—. Todos ellos son problemas médicos que requieren tratamiento médico. (Strssed, 1947, p.100)

Cuando la depresión se manifiesta en la idealización del suicidio, debe tratarse como cualquier otra enfermedad de índole físico-mental. Ahora bien, hasta ahora no hemos rechazado la idea de la existencia de las enfermedades mentales frente al problema del suicidio, por el contrario, expresamos mediante este texto que este tipo de enfermedades son tan graves e importantes como las enfermedades físicas. El problema real que concierne aquí, radica en reducir el problema del suicidio a una mera enfermedad mental; a esto se le suma otra problemática y es el modo en cómo se ha abordado las enfermedades mentales desde la medicina y su tratamiento.

No se niega que las enfermedades mentales tienen su base en el balance de las sustancias químicas que hay en el cerebro y que por tanto, el desequilibrio de estas sustancias puede causar algún trastorno mental. Tal es el caso de la depresión donde la respuesta a tal desequilibrio se halla en los estudios hechos a los fármacos.

Esos fármacos [como la reserpina] que causan depleción y desactivación de noradrenalina en el sistema central, producen sedación o depresión, mientras los que aumentan o potencian noradrenalina se asocian con excitación o estimulación conductual y tienen en general un efecto antidepresivo en las personas. A partir de estos hallazgos, varios investigadores han formulado una hipótesis sobre la fisiopatología de los trastornos afectivos. Esta hipótesis, que se ha denominado «hipótesis catecolamínica de los trastornos afectivos», considera que algunas depresiones, si no todas, se relacionan con una deficiencia absoluta o relativa de catecolaminas, especialmente de noradrenalina. (Schildkraut, 1995, p.122).

Los aportes de la medicina y la ciencia a las enfermedades mentales, han cambiado para siempre la manera en que cómo se perciben. De tal manera que aún suscitan preguntas tales como: ¿Padece las personas con diagnóstico de depresión y esquizofrenia un desequilibrio químico que la medicación corrige? ¿Son los nuevos fármacos antidotos contra algo químico y anormal del cerebro? Las respuestas a estos interrogantes no se hicieron esperar y las respuestas han sido afirmativas en la mayoría de los casos. Las explicaciones de índole bioquímico en torno a las enfermedades mentales, han logrado una mejoría en algunos pacientes. Una función dopamínica excesiva en el cerebro puede ser la causa de las abrumadoras sensaciones que atormentan a los esquizofrénicos —explicaba el *New York Times*—. Mediante el bloqueo de las áreas del cerebro receptoras de dopamina, los neurolepticos ponen fin a visiones y sonidos que en realidad no existen. (Schizophrenia., 1979)

Ahora bien, aunque es cierto que las enfermedades mentales están asociadas a algún tipo de desequilibrio químico, no se ha encontrado en la mente de la persona con comportamientos suicidas que presente signos de trastorno mental, diferente si esta persona ya padece la enfermedad desde antes. Por lo tanto, es necesario hablar sobre el uso de fármacos en una mente sana de quien no padece de enfermedad mental, o la mente de una persona suicida quien tampoco padezca trastorno mental.

Los fármacos «alteran el nivel de transmisión sináptica más allá del límite fisiológico que se alcanza en condiciones biológico-ambientales [normales]. Debido a ello, cualquier cambio fisiológico o conductual producido en estas condiciones podría considerarse patológico más que reflejo del papel biológico normal. (Jacobs, 1991, p.151)

Por consiguiente, no se puede esperar algún tipo de medicación para las personas con comportamientos suicidas porque no existe tal. El comportamiento suicida es de índole multi-causal, por tal razón, no debemos atribuírselo a un sólo factor y menos aún a una causa de índole bioquímica. Además, si existiera tal medicación no podría esta garantizar que no se dé tal comportamiento. El uso de los medicamentos no garantiza la cura o la mejoría en todos los casos de pacientes con enfermedades mentales. No se puede, bajo ningún concepto, afirmar que el suicidio puede ser prevenible con algún fármaco.

Nuestros datos indican que la medicación antipsicótica no es el tratamiento adecuado, al menos para ciertos pacientes, si lo que se persigue es una mejora clínica a largo plazo —aseguraba Rappaport—. Muchos pacientes no medicados durante la estancia hospitalaria mostraron una mejora mayor, a largo plazo, menos patología durante el seguimiento, menos

rehospitalizaciones y un funcionamiento general mejor en la comunidad, que aquellos a los que se administró clorpromacina en el hospital. (Jacobs, 1991, p.170)

En otras palabras, las enfermedades mentales deben ser abordadas no sólo desde la mediación, porque en algunos casos no es suficiente, sino que además se requiere la intervención psicosocial para pacientes que presenten (principalmente) depresión y esquizofrenia, pues bien, estas enfermedades son las que especialmente contribuyen en mayor o menor medida, a cometer suicidio. Esta intervención de índole psicosocial es necesaria debido a que existe una alta probabilidad a las recaídas cuando se usa fármacos para su tratamiento. Cabe también alertar sobre la posibilidad que tiene la medicación antipsicótica, de generar en el paciente una recaída peor, de la que pudiese esperarse sin una medicación.. El uso de fármacos -en ciertos momentos- puede acarrear recaídas e incluso la aparición de otros trastornos mentales, aunque bien no suele darse en todos los casos.

Ahora bien los trastornos de ansiedad, que se pueden sentir y expresar de forma directa o bien, ser inconscientes y automáticos (controlados por diversos mecanismos psicológicos de defensa), son también investigados en las ciencias de la mente como factores que desencadenan el suicidio. Este tipo de pacientes no muestran señales de una distorsión o falsificación grave de la realidad externa (delirios, alucinaciones, fantasías), y no presentan una desorganización grave de la personalidad. Este argumento vale también en la situación del agente suicida, ya que éste, tampoco presenta una distorsión de la realidad, ni mucho menos (en algunos casos) demuestra un desequilibrio en su comportamiento. Además, porque no necesariamente tienen que existir tales características en este comportamiento.

Es preciso regresar a los casos que están relacionados a los trastornos de ansiedad, donde la medicación puede ser también necesaria como pasa con otros trastornos, y estar acompañados por la intervención terapéutica:

Estos buenos resultados continuaron en los primeros años de la era de los antidepresivos. En 1972, Samuel Guze y Eli Robins, de la Facultad de Medicina de la Universidad de Washington, San Luis, revisaron la literatura científica y determinaron que en los estudios de seguimiento que duraron 10 años, el 50% de los hospitalizados por depresión no habían tenido ninguna recaída en la enfermedad. Sólo una pequeña minoría de los que tenían depresión unipolar (uno de cada 10) se convertían en enfermos crónicos, decían Guze y Robins. (Aronson, 1974, p.49)

Ciertamente, hablar de medicación en los trastornos mentales es tocar una discusión en la que no se es experto. Sólo se ha hecho una mención para tratar de entender la relación entre enfermedades mentales y el suicidio; y cómo la primera puede ser tratada para contrarrestar un poco los efectos de la segunda. Al respecto los mismos profesionales de la salud mental han tenido sus discusiones al respecto del uso de los fármacos. Tales discusiones han girado en torno a si el uso de los fármacos son la solución a los problemas de las enfermedades mentales, o si, por el contrario propician otras dificultades en la mente de las personas. Al respecto se tiene que:

Dentro del campo de la psicofarmacología, los profesionales de la medicina se han mostrado cautos, temerosos incluso, resistiéndose a abrir un debate sobre si el tratamiento es más dañino [que útil]... Me pregunto si ha llegado el momento de debatir y empezar a investigar la posibilidad de que los fármacos psicotrópicos agraven en realidad, al menos en algunos casos, el curso de la enfermedad que supuestamente deben tratar. (Fava, 1994, p.125)

Es decir, si los fármacos fuesen la solución definitiva a los problemas mentales, tal discusión quedaría a un lado. En el campo de las enfermedades mentales y sus posibles tratamientos y soluciones no existe una verdad absoluta. Por esta razón, se debe tener una mirada más amplia en torno a estas enfermedades y sobre todo, tener un sentido más crítico frente a ellas.

### **Principales argumentos en contra del uso de los fármacos en torno a los trastornos mentales**

Los principales detractores de los fármacos manifiestan que estos son beneficiosos a corto plazo, sus efectos son momentáneos y en ningún caso dan una solución duradera y definitiva al problema de la enfermedad o trastorno mental que se esté tratando. Este es el caso de los fármacos antidepresivos, los cuales

[...] Podrían ser beneficiosos en la depresión a corto plazo, pero agravan el curso de la enfermedad a largo plazo, aumentando la vulnerabilidad bioquímica a la depresión [...] el uso de fármacos antidepresivos puede imprimir a la enfermedad un curso más maligno y más resistente al tratamiento. (Fava, 1994, p.129)

En los fármacos antidepresivos se encuentra que en vez de erradicar de raíz tal dificultad, la acentúa aún más con el transcurso del tiempo. Esto sucede porque, según expertos, los medicamentos terminan

por generar un mayor desequilibrio en los procesos bioquímicos cerebrales con el paso del tiempo. Los fármacos utilizados para recomponer las sustancias cerebrales, termina en muchos casos, ocasionando el efecto contrario. Es por esto que las personas depresivas y con cierta inclinación a la idealización del suicidio; y que además se hallen bajo tratamiento farmacológico, pueden recurrir nuevamente al acto suicida, debido a que estos fármacos generan en el paciente una mayor resistencia al medicamento, después de un uso largo del mismo.

Por otro lado, tenemos otro sector de las ciencias de la mente que considera a los tratamientos farmacológicos necesarios y urgentes. Su argumentación se dirige a la enfermedad mental como principal foco de atención, ya que ésta tiende a menoscabar el cerebro hasta tal punto de generarle daños. Por esta razón, el uso de fármacos ayuda a evitar que un trastorno mental cause peores daños al cerebro de los que puede ya presentar. .. La enfermedad mental que no sea tratada a tiempo ni de la forma adecuada, podría causar daños en el sujeto que la padece e incluso a terceros. Por tal motivo se hace la sugerencia por parte de los expertos en hacer una temprana intervención.

Pruebas crecientes muestran que algunos trastornos psiquiátricos producen un deterioro neurobiológico progresivo, si no son tratados [...] Niveles tóxicos de neurotransmisores, como los glutamatos, o las hormonas del estrés, como el cortisol, pueden dañar tejido neural o interferir en los canales normales de neuromaduración. El tratamiento farmacológico de esos trastornos puede ser no sólo positivo en la mejora de los síntomas, sino también neuroprotector (dicho de otro modo, los tratamientos médicos pueden bien proteger contra el daño cerebral o bien promover una neuromaduración normal). (O'Nea, 2009, p.46)

Muchos pueden argumentar, entonces, que el suicidio dado en personas con alguna enfermedad mental, se dio porque no recibieron un tratamiento farmacológico a tiempo, pues éste pudo propiciarle una mayor estabilidad al paciente, en cuanto a sus procesos emocionales regulados desde la bioquímica. Ahora bien, ¿qué sucede con las personas a las cuales les fue administrado algún estimulante o antidepresivo y no reaccionaron a tales? ¿Qué sucede, por el contrario, con los pacientes que recibieron este tipo de medicinas y quienes en vez de recibir alivio obtuvieron síntomas peores como: cólera, agitación e incluso nuevas tentativas suicidas debido a los estimulantes de su tratamiento?

Todos estos acontecimientos tan disparejos, tan relativos, han llevado a pensar que la psiquiatría no es una ciencia, en el sentido estricto de la palabra. Todos los argumentos que hemos exhibidos de

cada una de las partes, nos han mostrado que no existe un consenso de qué hacer con el problema de las enfermedades mentales, de si medicar o no a tales pacientes. Es aún más problemático cuando se tiene demostración empírica.

Desde los tiempos de Sigmund Freud, la práctica de la psiquiatría ha sido más arte que ciencia. Rodeada de un aura de brujería, basándose para actuar en la impresión y el barrunto, a menudo ineficaz, era el hijastro torpe y a veces cómico de la ciencia moderna. Pero, durante una década o más, psiquiatras investigadores han estado trabajando calladamente en laboratorios, han diseccionado los cerebros de ratones y de hombres y desentrañado las fórmulas químicas que desvelan los secretos de la mente. Ahora, en la década de 1980, su trabajo está dando frutos. Se están identificando rápidamente las moléculas interrelacionadas que producen la emoción y el pensamiento humano [...] Como consecuencia, la psiquiatría está a punto de convertirse en una ciencia exacta, tan precisa y cuantificable como la genética molecular. Se extiende ante nosotros una era de ingeniería psíquica y el desarrollo de fármacos especializados y terapias para curar mentes enfermas. (Stengel, 1965, p.100)

La cita anterior sugiere que, la psiquiatría está a punto de convertirse en una ciencia exacta, por lo que deja a pensar: ¿Qué ha hecho entonces hasta ahora la psiquiatría y sus hallazgos en el campo de la salud mental? ¿Ha sido un ejercicio especulativo? ¿Qué ha sucedido con los avances en los fármacos para contrarrestar las enfermedades mentales? No se puede desconocer, sin embargo, que la psiquiatría si ha hecho avances en los últimos tiempos en sus métodos sistemáticos de diagnóstico, tratamiento, inclusive prevención del sufrimiento mental. Se ha explorado las fronteras de la ciencia y del entendimiento humano donde se encuentra la clave final y la cura de todas las enfermedades mentales. Con todas las discusiones dadas al respecto, no se ha llegado, como se ha dicho, a una solución última en referencia a las enfermedades mentales, ni mucho menos se ha conseguido una explicación plausible sobre el comportamiento suicida.

Ahora bien, la efectividad de los tratamientos farmacológicos en torno al comportamiento suicida (por sí solo) no es la única respuesta al problema. Hay que tener un plan terapéutico integral, más racional, en el que no se confine al paciente a estar en un hospital psiquiátrico atiborrado de medicamentos; mucho menos puede aplicarse estos métodos a pacientes que tengan deseos de morir.

Cabe resaltar que las enfermedades mentales sí tienen su causa en los procesos biológicos del cerebro, incluso las afirmaciones hechas al respecto datan de épocas atrás. Aquí presentamos un ejemplo



tomado por Burton (2006), quien menciona una de las causas a las que se le atribuía la tendencia al suicidio.

Ésa era la misma diferenciación que había establecido Hipócrates, más de 2.000 años antes, cuando identificó la melancolía persistente como una enfermedad, atribuyéndola a un exceso de bilis negra (*melaina chole* en griego). Los síntomas incluían «tristeza, angustia, abatimiento moral, [y] tendencia al suicidio», todo ello acompañado de «miedo prolongado». Para reducir el exceso de bilis negra y volver a poner en equilibrio los cuatro humores del cuerpo, Hipócrates, recomendaba la administración de mandrágora y eléboro, cambios de dieta y el uso de hierbas eméticas y catárticas. (p.186)

Hipócrates cuando hablaba de la melancolía se refería a una enfermedad física pero con manifestaciones de tipo mental, donde el suicidio era percibido como una manifestación de la misma melancolía. Sin embargo, acá no intentamos mostrar el comportamiento suicida (bajo ningún concepto) como una enfermedad. Pues bien, se ha manifestado a través de estas líneas que el suicidio puede ser una muestra de una enfermedad mental, mas no ser la enfermedad en sí misma.

Se puede tratar la enfermedad mental con medicación, pero sugiere Hipócrates que existen otras formas de tratar estas dolencias como por ejemplo por medio de una dieta, lo que supone además que la alimentación cumple un papel importante para el manejo de estos trastornos.,. Es necesario prestar atención a la discusión que gira en torno al uso de los fármacos, y preguntarse si estos realmente curan la enfermedad, o si por el contrario, agrava la misma y aumenta el riesgo de suicidio. La razón por la que pueden surgir este tipo de inquietudes está en los resultados que dejan los medicamentos: insomnio, disfunción sexual, dolores de cabeza, problemas gastrointestinales, mareos, temblores, nerviosismo, espasmos musculares, debilidad muscular, ataques y una agitación interna grave conocida como *acatisia*, que está asociada a la propensión al suicidio.

Whitaker (2017) en su famoso libro *Anatomía de una epidemia*, narra una historia que sirve para ilustrar un poco el tema. Una joven a la llamó Jasmine, fue internada en un hospital mental debido a ciertas dificultades que tenía. Estaba en el quinto grado y aún en ocasiones se hacía pis en la cama. Nerviosa por este tipo de comportamiento le pide a su médico le recete algo, quien procede a darle un antidepresivo tricíclico. Jasmine no tardó en presentar cambios en su humor, se convirtió en una joven agitada y hostil, hasta que un día le dice a su madre: “se me ocurren unas cosas tan terribles. Tengo la sensación de que voy a matar a alguien”. Es fácil ver, en una visión retrospectiva, lo que le

pasó a Jasmine. Su extrema agitación era un indicio de que estaba sufriendo de acatasia, un efecto secundario de los antidepresivos, estrechamente vinculados al suicidio y a la violencia (Whitaker., 2017).

Es interesante cómo los especialistas en esta área tratan de ocultar los efectos adversos de estos fármacos. Para hacernos a una idea de lo que históricamente sucede con ellos, se observa lo siguiente:

Después de que Alemania rechazase su solicitud, Eli Lilly, naturalmente, estaba preocupada pensando que no podría conseguir que la FDA aprobase la fluoxetina.<sup>565</sup> Había que ocultar los datos de suicidios, y, en un pleito civil de 1994, Nancy Lord, especialista en diseño de ensayos clínicos, explicó lo que hizo la empresa. Primero, dio instrucciones a los investigadores de que registraran diversos hechos adversos relacionados con la droga como «síntomas de depresión». De ese modo, en los resultados del ensayo presentados a la FDA, los problemas se atribuyeron a la enfermedad más que a la fluoxetina. Segundo, cuando los científicos de Eli Lilly calcularon los datos de los formularios del historial del caso, cambiaron los informes individuales de «ideas suicidas» por «depresión». Tercero, empleados de Lilly repasaron los datos alemanes «y eliminaron los casos [de suicidio] que no creían que fuesen suicidios. (Whitaker, 2017, p.100)

Lo escrito hasta el momento -lejos de ser un movimiento anti psiquiátrico- ha querido mostrar la relación existente entre enfermedades mentales, suicidio y medicación. Se quiere concientizar sobre el tema de la salud mental debido a que los métodos utilizados hasta hoy no han mostrado eficacia suficiente, porque, si fuese así, la situación habría mejorado; no habría índices tan altos de enfermedades mentales y menos aún tantos pacientes que están inadecuadamente tratados. Estos generan el efecto contrario del esperado, a menudo, problemas emocionales y de conducta son los que se producen en el paciente a un largo plazo; sin mencionar claro, factores como el consumo abusivo de drogas y conductas auto-destructivas.

### **Intencionalidad y racionalidad en los comportamientos suicidas**

A través de los argumentos presentados hemos observado que las enfermedades mentales tienen una causa no sólo de índole biomédica o químico-cerebral, que influye en el comportamiento suicida, sino también vemos cómo el debilitamiento de las redes afectivas y sociales del individuo ayudan a desencadenar el mayor mal. En la toma de decisiones de una persona que se suicida hay varios componentes que van más allá de los químicos como por ejemplo la carencia de recursos psicológicos

que ayudan a hacer frente a las dificultades de la existencia, para esto es necesario herramientas de tipo psicosociales.

Los modos de abordar el suicidio sugieren que el suicidio no es un problema de índole moral, es decir, los que intentan suicidarse no son cobardes ni valientes, sólo son personas que sufren, que están desbordadas por el sufrimiento y que no tienen la más mínima esperanza en el futuro (Bobes, 2011 ). O bien puede decirse de ellos que son seres alineados, desequilibrados mentalmente o en otras palabras, seres enfermos.

El comportamiento suicida tiene muchos matices dentro de ellos podemos destacar el moral para indicar que el sujeto suicida responde a este acto a través de una intencionalidad definida, a saber, aquel aspecto que es característico de un ser racional y autónomo. Para profundizar en el concepto de “intencionalidad” que tiene el agente suicida, se dice que:

Sin embargo, muchas personas que llevan a cabo una conducta suicida no quieren morir (de hecho, son muchas más las tentativas suicidas que los suicidios consumados), lo único que quieren es dejar de sufrir y por eso pueden estar contentos de no haber muerto una vez que el sufrimiento se ha controlado. (Spirito, 1998, p.40)

Las conductas suicidas según la letalidad de la conducta, los métodos utilizados, las motivaciones específicas y el riesgo de reincidencia, generan juicios de valor de forma diferente. En la mayoría de los casos la intención juega un papel importante al momento de hacer estos juicios. Se ha hablado de los comportamientos suicidas en adolescentes, en las personas que tienen algún tipo de enfermedad mental, pero no se dicho nada aún sobre la población adulta, es decir, los ancianos, estos pueden no dar señales ni indicios de haber cometido tentativas de suicidio.

Ahora bien, entre las motivaciones que tiene la población mayor para recurrir al suicidio figura la soledad, la pérdida de la pareja o el abandono de los hijos; la sensación de ser una carga para otros y enfermedades crónicas graves que generen depresión, malestar, incapacidad funcional y aislamiento social. Los ancianos realizan menos intentos suicidas que los jóvenes, pero sí llegan a ejecutar tal acto. Los hechos nos dicen que este tipo de población no es tan impulsiva como la población más joven, por lo que ellos se toman el tiempo de pensar la acción y las consecuencias que resultan de la misma; en este sentido, podemos afirmar que los suicidios cometidos por

ancianos representan una conducta mucho más racional en la medida en la que hay mayor reflexión sobre la validación de sus acciones.

En resumen, los suicidios consumados se dan más en hombres de cierta edad, con una premeditación clara y con métodos expeditivos (ahorcamiento, precipitación o armas de fuego), mientras que las tentativas de suicidio aparecen más en mujeres jóvenes que recurren de forma impulsiva a la ingestión de fármacos y que revelan con esta conducta extrema, a modo de mecanismo de huida, la existencia de un problema emocional que les genera un gran malestar y que desborda sus recursos de afrontamiento. (Värnik, 2012, p.50)

Los suicidios en esta población son dignos de análisis porque demarcan una actitud de buen morir. Son una población que aunque padezca de factores tanto internos como externos (en los que sea justificable la muerte), no toman la decisión guiados bajo meros impulsos ciegos e irracionales. En la mayoría de los casos se toman el tiempo suficiente para contemplar lo que se ha vivido y es esta nostalgia la que invita a tomar la decisión de cómo y en qué momento terminar con su existencia: de nuevo, acto supremo de libertad que tiene todo hombre en sus manos.

El suicidio se puede manifestar de distintas formas. Estas diversas manifestaciones adquieren un modo de presentación específico y revelan en la persona unas motivaciones, una manera de ver el mundo, de percibirlo. Las personas con una enfermedad mental están supeditadas a verlo de una manera más opaca, máxime si la enfermedad mental de base es la depresión.

Es un error conceptual encasillar al suicidio bajo un mismo parámetro al decir que todos los comportamientos suicidas son lo mismo, que son la misma cara de una misma moneda, estas afirmaciones sólo reducen el problema a una mínima expresión y no se comprende en toda su complejidad.

A un nivel conductual, la conducta suicida puede mostrar diferentes caras: el suicidio consumado, el suicidio frustrado, las tentativas de suicidio o parasuicidios y los equivalentes suicidas. En el caso del *suicidio consumado*, el sujeto consigue intencionadamente acabar con su vida. Por el contrario, en el caso del *suicidio frustrado*, a pesar de que el sujeto tiene una intención inequívocamente suicida y ha utilizado un procedimiento habitualmente letal (ahorcamiento, precipitación, arma de fuego), el suicidio no se consume por la inexperiencia del sujeto en el manejo del método, por la

rápida intervención de los servicios médicos, de la comunidad familiar o social, o, simplemente, por azar. (Spirito, 1998, p.100)

En definitiva, el suicidio se mueve a lo largo de una continua naturaleza multifacética que oscila entre explicaciones y definiciones como: la idea de muerte como descanso, la ideación suicida; amenazas de muerte como manifestación patológica; suicidio por problemas psicológicos o existenciales, etc.

En consecuencia, es preciso dejar abierta la pregunta sobre el tipo de suicidio que se da por balance, es decir, cuando una persona a pesar de sus esfuerzos prolongados de sobrellevar difíciles situaciones ya sean económicas, familiares o sociales, se encuentra sin fuerzas para afrontarlas y desea escapar de ellas (Spirito, 1998). ¿Este tipo de comportamientos suicidas pueden validarse moralmente de manera positiva y bajo una categoría sana en el ámbito de la salud mental? Este tipo de ejemplos contrastados con otros, como un suicidio dado a causa de un trastorno mental, deben ser valorados con mucho más cuidado. Tenemos también casos de depresión que acompañados de una profunda desesperanza, en donde se halla además rastros de bipolaridad, se convierte este conjunto en el coctel más idóneo para un posible suicidio. En todos estos casos la posibilidad de racionalizar el suicidio es escasa, o más bien, nula.

Hay también un tipo de suicidio al que se le conoce como eutanasia (buena muerte). En el caso de las enfermedades crónicas ellas por sí mismas no llevan al suicidio, pero sí son un factor de riesgo cuando están acompañadas por la desesperanza. Es el caso de un diagnóstico de un cáncer maligno sin ninguna posibilidad de mejoría, allí el suicidio puede ser pensado como algo inminente e incluso el morir o el buen morir. De ahí que el suicidio sea inminente y en dicho caso el buen morir obtiene connotaciones ético-morales que validan tal comportamiento, desde la perspectiva racional.

En los trastornos adictivos como el alcoholismo, la dependencia de sustancias psicoactivas y las patologías de tipo mental, se invalida el sano juicio de las personas. Se puede afirmar acá que existe en ellos una limitación para tomar ciertas decisiones, ya que hay una desinhibición en el sistema nervioso central.

Los *trastornos adictivos*, como el alcoholismo, la dependencia de otras drogas y el juego patológico, sobre todo en las fases avanzadas y cuando hay una alta impulsividad de por medio, constituyen un factor de riesgo alto para el suicidio. En estos casos los pacientes

suelen presentar una depresión secundaria, asociada a la falta de salida en una situación de deterioro físico y psicosocial que perciben como insuperable. (Echeburúa, 2014, p.19)

No todos los casos de suicidio son comportamientos moralmente aceptados, pero existen contextos en los cuales sí lo son. El método empleado para llevarlo a cabo estima o desestima tal comportamiento.

El método de suicidio elegido puede dar luz sobre la intencionalidad de la persona suicida, como ya se ha indicado, pero también, puede relacionarse con la posible existencia de un trastorno mental. Si bien el suicida recurre a los métodos que tiene más a mano (el policía al arma de fuego; el habitante de la ciudad, a la precipitación; el hombre rural, al ahorcamiento), cuanto más violento es el método elegido, más incidencia de patologías psiquiátricas subyacentes suele haber. (Trabajo, 2011, p.50)

El método que utiliza el suicida incide en la concepción que se tenga frente a él. En el caso de la eutanasia no se lanzan tantos juicios negativos, como sí ocurre con el ahorcamiento, por ejemplo. Entre más violento es el método empleado por el suicida, más severo es el juicio hacia tal acto y se afirma que tal suicidio fue producto de una enfermedad mental o bien, un impulso ciego y sin previo análisis. Caso contrario ocurre cuando un agente manifiesta querer dar término a su existencia a una causa de una enfermedad terminal que le aqueja, aquí el juicio valorativo es aceptado. ¿Por qué no es igual la aceptación frente al suicidio, sin importar el contexto en el que se dé?

Como se mencionó anteriormente, el suicidio no siempre está enmarcado en factores de riesgo como las enfermedades mentales, y en los casos en donde no se hace evidente ningún tipo de patología, se identifican factores psicológicos que predisponen tal comportamiento. Por ejemplo, si la persona presentó en su infancia algún evento traumático asociado a la muerte o al suicidio de un familiar, y muestra además un alto nivel de impulsividad sumado a la inestabilidad emocional, ésta tendrá mayor disposición de presentar acciones que atenten contra su integridad. Este tipo de casos tampoco son aceptados desde el ámbito moral ni mucho menos son aceptados por la ciencia médica, pues se cree que el sujeto en cuestión no está en capacidad de validar racionalmente tal comportamiento.

Estas causales psicológicas son las que pueden influir, ya sea en mayor o en menor medida, en el comportamiento suicida. Sin embargo, estas causales no son elementos exclusivos que brinden una explicación última del problema.. Podemos ampliar esta cuestión desde Blasco (2010), quien manifiesta que:

La vulnerabilidad psicológica se acentúa si se suman ciertas circunstancias psicosociales, como estar separado o sin pareja o verse obligado a hacer frente a situaciones vitales estresantes intensas o duraderas, como una enfermedad crónica, el abandono de sus seres queridos o la pérdida de estatus social. En concreto, el aislamiento social es especialmente relevante en ancianos y adolescentes. (p.773)

Delo anterior se infiere que el ámbito social representa un elemento relevante para que se desencadene el comportamiento suicida. Ahora bien, no debe comprenderse que tales circunstancias son las condiciones necesarias y suficientes para que se dé el suicidio. Vemos casos donde si bien la persona puede estar afectada (a lo largo de su vida) por sucesos adversos: enfermedades crónicas, trastornos mentales, vacíos o soledades, pueden pese a ello, mostrarse resistentes a pensamientos y conductas suicidas; mientras que, personas que nunca tuvieron algún tipo de aflicción, se han entregado a la muerte voluntaria.

Los expertos en salud mental manifiestan que hay personas con una alta capacidad de resistir a la idea de suicidio, y esto se debe a que, relacionan las dimensiones de personalidad como la alta autoestima y el autocontrol de las emociones y es la conjunción de estos elementos la que logra proporcionar un buen equilibrio psicológico.. Esta resistencia que se menciona también suele atribuírsele al cómo se afrontan los conflictos sociales con base al conjunto de valores éticos y morales que se tenga (Trabajo., 2011).

Aceptar lo anterior es afirmar que el suicidio necesariamente se manifiesta como una señal de un problema que subyace en la mente del ser individuo. De igual manera, aceptar tal afirmación es aprobar un tipo de determinismo que hay en el suicidio, de ahí que, no se le adjudique libertad al sujeto con respecto a tal comportamiento.

En suma, se apoya la idea de que existe una relación causal entre suicidio y enfermedad mental, como también se defiende la relación que éste puede tener con problemas psicosociales. Si bien esto sucede de forma recurrente, no ocurre igual en todos los casos de suicidio, y en los casos en los que el suicidio

sí ocurre por las razones expuestas, se propone revisar algunas herramientas que brindan protección respecto al problema.

Ciertos factores sociales y familiares desempeñan también un papel protector. Así, por ejemplo, tener relaciones sociales ricas, estar integrado culturalmente, contar con apoyo familiar y tener hijos pequeños (sobre todo, en el caso de las mujeres) potencian la capacidad de resistencia ante el suicidio. Incluso los animales domésticos (los perros especialmente) pueden constituir un escudo protector contra las tendencias suicidas de sus dueños porque son expresivos, ofrecen compañía y alegran a sus dueños. (WHO, 2014, p.100)

A los individuos que utilizan estos factores preventivos les puede servir en gran medida para sobrellevar o incluso anular el deseo de muerte generado por los posibles problemas que se han mencionado con anterioridad. Pero en casos en los que el deseo de morir se presenta ante una persona lúcida y racional, tales factores no serán de ayuda ni influirán en la decisión del sujeto suicida.. El suicidio en estas personas no se genera por algún desequilibrio cerebral ni mucho menos sucede porque sea el producto de algún problema que se intenta evadir.

La decisión de quien desea morir no siempre es comunicable o si se comunica puede ser a través de distintas formas. Comunicar o no comunicar el deseo de morir no puede ser razón para recriminar al sujeto. Es por esto que no debe aceptarse que una persona manifieste su deseo de morir y que sea reprendida y llevada a un centro psiquiátrico para dar cura al supuesto mal. No debe castigarse a una persona por manifestar su deseo, esto representa un atropello contra la libertad del sujeto y hacia sus propias decisiones. No obstante, debe evaluarse bien las condiciones tanto mentales como psicosociales de la persona que manifiesta tal cosa, para que no se tenga ningún sesgo hacia ella.

Otro aspecto de gran relevancia cuando se habla del suicidio, es lo que sucede con los familiares de las personas suicidas.

Un último aspecto de gran interés en la clínica -y poco tratado sistemáticamente hasta el momento- es el tratamiento del duelo de los familiares de las personas suicidadas. Los allegados pueden mostrar sentimientos de culpa, preguntarse por qué lo hizo o por qué no hicieron ellos algo más para evitar la muerte del suicida, vivir lo ocurrido como una mancha en la familia y sentir otras muchas emociones negativas, como angustia, vergüenza o



autodesprecio, así como llegar a experimentar el reproche de personas del entorno, lo que genera aislamiento y estigmatización. (Cerel, 2014, p.44)

Por esta razón, la gran mayoría de personas que han querido dar término a su existencia se encuentran con un gran obstáculo y es el gran estigma social que rodea al suicida. Por un lado está la religión, que rechaza enérgicamente este comportamiento y por otro lado, la ciencia médica y la sociedad en general. Hay que desdibujar la imagen que ha rodeado al suicidio, imagen llena de silencio, miedo y rechazo. El suicidio debemos aceptarlo como una muerte más; es una forma de morir como tantas otras que existen. Y aunque intentemos definir que el suicidio es sólo eso, muerte, queda inacaba tal definición, pues bien, lo pudimos analizar desde las miradas de diferentes filósofos quienes en sus posturas de rechazo y aceptación, conceden a la muerte voluntaria diferentes rasgos que hacen de ella su vigente complejidad. Tal vez sea esta la razón por la que el suicidio, lejos de ser un problema netamente médico, es un problema enigmático que ha inquietado a grandes pensadores desde la antigüedad hasta nuestros días.

### **Conclusiones.**

Considérese, en primer lugar, el argumento de Camus. Camus argumenta contra una clase muy específica de comportamiento suicida, a saber: la de quien se quita la vida porque encuentra que este acto es la única salida apropiada ante el reconocimiento del sin-sentido de la vida. En pocas palabras, Camus sostiene que aquí hay un error de razonamiento. Él sostiene que el suicidio no es la respuesta lógica al sin-sentido, pues por un lado, es verdad que la vida no tiene sentido y que toda la evidencia humanamente accesible apoya esta conclusión. Pero de ahí, no se sigue que la vida no valga la pena. Al contrario, Camus sostiene que es justo porque la vida no tiene sentido que vale la pena vivirla.

Esto se conecta con la idea de libertad que está en la base de todo el razonamiento de Camus. Si la vida tuviera sentido; por ejemplo, si el mito cristiano fuera verdadero y entonces no fuéramos más que los actores de un drama cósmico planeado por una divinidad omnipotente, no seríamos ni libres ni responsables. Pero Camus piensa que es justamente porque somos libres y, por tanto, responsables de nuestras decisiones y acciones, que la vida carece de sentido y, por eso mismo, que vale la pena vivirla.

Como se ve, las objeciones de Camus se dirigen en contra de un tipo muy singular de suicidio. Más que un error moral, Camus acusa a esta clase de suicidas de no haber comprendido la situación en su totalidad. Pero esto deja abierta la puerta para una gran cantidad de comportamientos suicidas que no son realizados por las razones que Camus objeta. El propio Camus señala esta limitación de su enfoque cuando dice que no está analizando los casos de suicidio con fines políticos, por ejemplo.

En la consideración de las ideas ético-filosóficas sobre el suicidio, la obra de Kant es un lugar importante, dada la enorme influencia que la teoría kantiana de la ética ha tenido en la filosofía moderna. Una manera de sintetizar el principal argumento ético de Kant en contra del suicidio, es apelar a una de las versiones que él da de la ley moral fundamental, el imperativo categórico, a saber: “Obra de tal forma que siempre trates a la humanidad como un fin en sí mismo y no solamente como un medio”. Aquí la idea importante es que siempre es incorrecto involucrar a otra persona en un intercambio en el que esa persona no entraría, en principio, si tuviera la misma información que nosotros. Casos conspicuos de violaciones a este principio son la mentira, las promesas falsas y cualquier otro esquema de acción en el que usamos a las personas sin que ellas sepan todo lo que está involucrado en la acción. La idea de Kant, en el caso del suicidio, es que, si el motivo del agente para suicidarse es poner fin a un sufrimiento intolerable, en tal caso el agente se está tratando a sí mismo como un mero medio y, de esta manera, también se viola la ley moral. Pero esta aplicación del imperativo categórico es problemática, ya que sólo excluiría los casos de suicidio en los que el agente, por decirlo de algún modo, es víctima de autoengaño. En los demás casos, en los que el agente tiene en cuenta toda la información disponible y, aun así, está de acuerdo con la acción suicida, no se ve cómo el imperativo categórico así formulado sirva para condenar el suicidio y ponerlo en la misma categoría de las mentiras o las falsas promesas.

Finalmente, la relación que existe entre suicidio y trastorno mental es examinada. No existe necesariamente tal relación. Esto porque no se puede afirmar que toda persona que se suicida fue guiada por algún desequilibrio mental. Ciertamente el índice de suicidios en personas con enfermedades mentales es mayor, pero esto no quiere decir que personas que gozan de toda lucidez

mental no cometan actos suicidas. Se infiere que en muchas circunstancias personas en uso de todas sus facultades racionales y autónomas, han logrado acabar con sus vidas de una manera lúcida y no por ello han sido condenadas a la desaprobación moral.

## Referencias bibliográficas

- Álvarez., A. (1973). *El dios salvaje*. México: Organización editorial Novaro.
- Arango., P. R. (2005). *Introducción a la filosofía moral (teórica y aplicada)*. Manizales: Universidad de Caldas.
- Aronson., J. (1974). *The Depressive Spectrum*. Nueva York. Bauzá, H. F. (2018). *Miradas sobre el suicidio*. Autónoma de Buenos Aires.: Fondo de cultura económica.
- Blasco-Fontecilla. (2010). An exploratory study of the relationship between diverse life events and personality disorders in a sample of suicide attempters. Nueva York: *Journal of Personality Disorder*.
- Burton, R. (2006). *Anatomía de la melancolía*. Madrid: Alianza.
- Camus, A. (2010). *El mito de Sísifo*. Buenos Aires: Losada.
- Cerel, J. M. (2014). The Continuum of “Survivorship”: Definitional Issues in the Aftermath of Suicide. *Suicide and Life-Threatening Behavior*.
- Deutsch, A. (1948). *The Shame of the States*. Nueva York: Harcourt Brace.
- Domínguez, V. L. (2018). *El suicidio como suprema libertad*. Filosofía & co.
- Durkheim, É. (2011). *El suicidio*. México: Fontamara.
- Echeburúa, E. S.-S. (2014). *Nuevos retos en el tratamiento del juego patológico*. Terapia.
- Fava., G. (1994). *Do antidepressant and antianxiety drugs increase chronicity in affective disorders*. Nueva York.: Psychotherapy and Psychosomatics.
- Frazer, J. G. (1974). *La rama dorada*. México: Fondo De Cultura Económica.
- Grisé., Y. (1982). *Le suicide dans la Rome antique*, Montreal. París: Bellarmin.
- Health., W. (2014). *Organization, who*. Ginebra.: World Health.
- Hume, D. (2009). *SOBRE LAS FALSAS CREENCIAS*. Buenos Aires, Argentina.: El cuenco de plata.
- Jacobs., B. (1991). Serotonin and behavior. *Journal of Clinical Psychiatry*.

- Jankélévitch, V. (2004). *Pensar la muerte*. Buenos Aires.: Fondo de Cultura Económica Kant., E. (1988). *Lecciones de ética*. Barcelona: Critica.
- \_\_\_\_\_. (1998). *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. México: Porrúa.
- Lesky, A. (1968). *Historia de la literatura griega*. Madrid: Gredos.
- Lieberman. (2003). *Dejándote: el significado cultural del suicidio*. Chicago: Ivan R. Dee.
- Lucrecio. (1961). *De la naturaleza*. Barcelona: Alma Mater.
- Mann, J. (1997). *La neurobiología del suicidio: del banco a la clínica*. Nueva York: Anales de la Academia de Ciencias de Nueva York.
- Montaigne, M. d. (2013). *Ensayos completos*. Madrid: Cátedra.
- O'Nea., J. (2009). *Child and Adolescent Psychopharmacology Made Simple*. Oakland (California).: Harvard University Press.
- Organization, W. H. (2005). *Mental Health: Facing the Challenges*. Ginebra:
- Plutarco. (1962). *Vidas paralelas*. Madrid: Edaf.
- Psiquiatría., A. A. (2013). *Guía de consulta de los criterios diagnósticos del DSM 5*.
- Ruiz, J. M. (1901). *Diario de un enfermo*. Madrid: Ricardo fe.
- Schopenhauer, A. (1995). *Eudemología. Tratado de mundología o Arte de bien vivir*. Madrid: La nueva España.
- Schildkraut, J. (195). *The catecholamine hypothesis of affective disorders*. American Journal of Psychiatry.
- Schizophrenia. (1979). *Vast effort focuses on four areas*. New York Times.
- Séneca. (1985). *Cartas a Lucilio*. Prís: Les Bellers Lettres.
- Spirito, A. y. (1998). *Suicide and suicide attempts during adolescence*. Amsterdam: Elsevier.: Comprehensive Clinical Psychology.
- Stengel., E. (1965). *Psicología del suicidio y los intentos suicidas*. Buenos Aires.: Hormé.
- Stressed. (1947.). *Need for Public Education on Psychiatry*. New York Times.
- Szasz, T. (1984). *Esquizofrenia. El símbolo sagrado de la psiquiatría*. México: Premia.

- Trabajo., G. d. (2011). *Guía de práctica clínica de prevención y tratamiento de la conducta suicida*. Madrid: Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad.
- Whitaker., R. (2017). *Anatomy of an Epidemic*. Madrid: Capitán Swing Libros, S.L.
- WHO. (2014). *Preventing suicide. A global imperative*. World Health Organization.
- Värnik, P. (2012). Suicide in the World. *International Journal of Environmental Research and Public Health*.
- Virgilio. (2010). *La Eneida*. Santiago de Chile: Universitaria.